
3 1761 08831820 9

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

# ALGUNAS VECES AQUI,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

JOSE ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
*(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)*
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

1885.

# ALGUNAS VECES AQUI.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

3

# ALGUNAS VECES AQUÍ,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

**JOSÉ ECHEGARAY.**

Estrenado en el Teatro de APOLO la noche del 15 de Octubre de 1878.

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

*Calvario, n.°* 18.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| DON ESTÉBAN, padre de | SR. ALISEDO. |
| DOROTEA, madre de | SRA. MARIN. |
| RAFAEL | SR. VICO. |
| BEATRIZ, madre de | SRA. FENOQUIO. |
| AMPARO | SRTA. CONTRERAS. |
| AGUSTIN | SR. ALTARRIBA. |
| GERTRÚDIS | SRA. ARTIGUES. |
| UN CRIADO | SR. SERRANO. |

La escena en Madrid.—Época moderna.

# ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala en casa de Rafael. El decorado, sencillo y modesto. En primer término, y á la izquierda del espectador, un balcon. Puertas laterales: otra en el fondo. Á la izquierda, un velador y una butaca: á la derecha, un sofá.

## ESCENA PRIMERA.

### RAFAEL.

(Asomándose al balcon.) ¡Qué dia tan hermoso! Qué sol! Qué cielo! Este balcon debe estar así: abierto. (Viniendo al centro.) Y que entre la luz á su gusto, y que lo llene todo, y que nos traiga su alegría. Su alegría! ¿Y para qué la quiero? Por mucha que pretenda darme, yo puedo darle mucha más: tengo tanta aquí en mi pecho, que por los ojos y por los lábios la siento desbordarse. De qué se enorgullece el espacio por allá fuera? De tener un sol, un firmamento y unos cuantos miserables destellos de luz! Bravas riquezas! Las que poseo yo de esa clase son tales y tantas, que no hay quien me conozca, que por un Creso no me tenga. Si todos me parecen mendigos en comparacion mia! Amparo! Amparo! Tú lo eres todo para mí: cielo de mi amor, luz de

mis ojos, sol de mi dicha! Pero dime, corazon, ¿es que sueñas? Tienes seguridad de estar despierto? No será tanta ventura una ilusion? Ser mia Amparo! Y va á serlo: va á serlo. Y tan pronto! Con hoy no contemos: vamos á mañana. Mañana amanece: bah! en seguida llega la tarde: luégo la noche. Ea! otro dia. Y ese dia ante Dios, ante los hombres, mi esposa. Mi esposa! Qué nombre tan feo! tan ceremonioso! tan prosáico! No: mi mujer, mi mujercita! Tener el derecho de cogerla del brazo, y de llevarla yo solo por todas partes, y de mostrársela á las gentes como en triunfo. Y en seguida, siempre del brazo, ¡de mi brazo! á casa: á esta casa. Cuando venga á vivir con mi buena madre y conmigo, ¡qué felices hemos de ser! Qué felices! Casi da miedo tanta felicidad! (Pausa.) Habrán traido las flores?... (Acercándose al fondo.) Gertrúdis... Eh!... Gertrúdis!...

## ESCENA II.

RAFAEL, GERTRÚDIS por el fondo.

RAFAEL. Se acordó usted de traer flores para el cuarto de la señorita? Ha de ocuparlo pasado mañana, y es preciso que con anticipacion se adorne y se perfume.

GERT. Sí, señor. Pues no faltaba otra cosa! Llenos están los floreros, ¡y qué flores!...

RAFAEL. Bueno... bueno... Gracias. Puede usted ya volver á sus quehaceres.

GERT. Bien está, señorito. (Gertrúdis se dirige al fondo.)

RAFAEL. (Llamando.) Eh!... Un momento!... Gertrúdis!...

GERT. Llamaba usted?

RAFAEL. Sí, Diga usted: sabe usted que la señorita Amparo y su mamá doña Beatriz almuerzan hoy con nosotros?

GERT. Sí, señor; ya me lo dijo la señora.

RAFAEL. Y se acordó usted de preparar aquel plato de dulce que le gusta tanto á la señorita? Ya sabe usted.

GERT. Sí: ya sé cuál. Pues claro: tendría que ver que yo me

olvidase de la señorita Amparo, la más buena!...

RAFAEL. Gracias. Oiga usted, creo que han llamado...

GERT. No, señor.

RAFAEL. Está usted segura?

GERT. Pues no...

RAFAEL. Yo creí... Bueno, bueno: me habré equivocado. Váyase usted, váyase pronto allá adentro por si llaman. (Sale Gertrúdis.)

## ESCENA III.

RAFAEL, DOROTEA.

DOROTEA. Pero qué te ocurre, Rafael? En cinco minutos no más, cinco veces has llamado á Gertrúdis.

RAFAEL. Era para enterarme de ciertas particularidades...

DOROTEA. En ama de gobierno te has convertido? Pues mira, mal lo vas haciendo: por el pronto en esta sala hay demasiada luz. (Va al balcon y lo entorna algo.) Te vas á casar, y es preciso que aprendas economía. No se puede derrochar nada: ni siquiera la luz del sol.

RAFAEL. Pues en España no me parece que el artículo anda caro.

DOROTEA. La luz destiñe los colores, y muebles y telas pierden mucho. ¿No sabías tú, esto; tú que tantas cosas sabes?

RAFAEL. ¿Que la luz destiñe los colores? Pues cómo Amparo tiene tanta luz en los ojos y tan bellos matices en las mejillas? Á que tu sabia y profunda física doméstica no te enseña la explicacion de este prodigio.

DOROTEA. En Amparo prodigio es todo, porque lo es ella.

RAFAEL. Bien dicho, madre. Qué angelical eres! Cuánto te quiero!

DOROTEA. Y á ella?

RAFAEL. Mucho, mucho, madre mia!

DOROTEA. Como no has querido nunca, verdad?

RAFAEL. Si digo que no, miento; y si llego á decir que sí, te enfadas.

DOROTEA. Enfadarme? No: no me supongas tan egoista. Que yo soy quien te quiere más en el mundo, que en quererte nadie me aventaja, esto lo sé yo, y es felicidad que no hay quien me robe; pero que no había de ser yo tu mayor cariño, lo aprendí desde que naciste y por experiencia lo sé desde que estás enamorado.

RAFAEL. No digas eso!

DOROTEA. Pero no creas que me descuido, que ya he tomado mis precauciones para que no te me escapes. Te persigue mi cariño por donde quiera que vas; hasta el mismo corazon de Amparo llega; y porque allí te encuentra, en cariño á esa niña se convierte. Y observa como es ella la que va ganando más de los tres.

RAFAEL. Así es: eres la mejor de las madres, que es decir lo mejor de este mundo. Cuánto te quiero! Una ocasion, una prueba y ya verás si Rafael miente.

DOROTEA. No: no mientes: yo te conozco bien.

RAFAEL. Pasado mañana, los tres juntos! Y á propósito, dime, el gabinete de Amparo ¿está ya listo?

DOROTEA. Casi, casi.

RAFAEL. Pues qué falta?

DOROTEA. Ahí es nada! lo principal: el tocador! No acabo de decidirme...

RAFAEL. Ya te lo he dicho: quiero que sea ¡á la Pompadour! No se llaman así esos que tienen encajes, y raso, y cortinas? Qué se yo! No acierto á explicarme, pero tú me comprendes. Sobre todo que sea bueno: de lo mejor: no somos ricos; pero la ocasion es única y solemne. Por Dios santo, que no me economices en esto como querías economizar ántes en claridad y en luz. Mira que ha de mirarse en ese tocador todo un cielo: conque ponle marco bonito y limpio cristal.

DOROTEA. De mi cuenta corre; pero dudo entre el raso azul y el de color de rosa.

RAFAEL. Y cómo lo hacemos? Porque ya no falta más que un dia. Mañana llega el abuelito, y pasado...

DOROTEA. Cuando se quiere, tiempo hay para todo.

RAFAEL. En tí descanso.

DOROTEA. Yo descansaré por completo cuando venga mi padre. (Dice esto algo preocupada.)

RAFAEL. El abuelito? No hay miedo de que falte. Cuatro dias ha que arribó á Cádiz: habrá salido hoy: llegará mañana, y al otro asistirá á mi boda, tan firme como si tuviera veinte años en vez de tener setenta; y tan descansado como si viniese de la calle de la Montera, en vez de venir á todo vapor por entre abismos y tempestades del otro lado del Atlántico. Pobre abuelo, cómo se lo agradezco! Ya se vé, mi padre no puede ser testigo de mi felicidad, y él ha querido tener al lado de la pobre viuda el puesto que la muerte dejó vacío. Mi padre! Era muy bueno... verdad?... Nunca le conocí!...

DOROTEA. Rafael!

RAFAEL. Perdóname: siempre te hablo de cosas tristes! Ea! á otro asunto. Pues como decía, el abuelo... no, mi padre; ya sabes que tenía le costumbre de darle este nombre por tener alguno á quien dárselo. Mi padre, repito, vendrá puntualmente, y no hay motivo para que por él estés preocupada.

DOROTEA. No era eso: es que su carta...

RAFAEL. Su carta?...

DOROTEA. Nada: nada. (Á qué voy á alarmarle?) (Ap.)

RAFAEL. Qué decías de su carta?

DOROTEA. Algo... sin importancia de que hablaremos despues. Qué hora tenemos?

RAFAEL. Las once y cuarto. Qué tarde! Y Amparo no ha venido. Jamás se retrasaron de este modo! Qué ocurrirá? Juraría que Amparo está mala. Ayer tosió un poco.

DOROTEA. No seas así, Rafael.

RAFAEL. Es extraño! muy extraño! Pues algo ha ocurrido. Ves? ya no está el dia tan hermoso como ántes.

DOROTEA. Supersticioso tambien?

RAFAEL. Superstición, no: seguridad. Para que Amparo, que prometió venir á las diez y media, falte, causa hay y grande. Amparo está mala. El corazon me lo dice.

DOROTEA. Dice el corazon á los que en él padecen enfermedad amorosa tales desatinos!

RAFAEL. Pues yo saldré de la duda. Voy á su casa.

DOROTEA. Pero Rafael, si debe venir de un momento á otro!

RAFAEL. Tanto mejor, la encontraré en el camino. (Sale Rafael por la derecha, primer término.)

## ESCENA IV.

DOROTEA.

Dichosa edad! Vive de ilusiones, y vive. Las ilusiones se desvanecen: la realidad llega, y con la realidad, la muerte. Amparo va á venir, el cielo está azul: felicidad completa. Amparo tarda, nublóse el cielo: catástrofe inminente. Pobre Rafael, qué dichoso eres!

## ESCENA V.

DOROTEA, AGUSTIN, despues RAFAEL.

AGUSTIN. Felices, querida Dorotea. (Viene por el fondo.)

DOROTEA. Muy felices.

RAFAEL. Adios, madre mia: si no ha ocurrido nada, al momento estoy de vuelta. Adios, Agustin.

AGUSTIN. Pero ocurre algo?

RAFAEL. Pronto lo sabremos. Adios. (Sale por el fondo.)

AGUSTIN. Pero qué hay?

## ESGENA VI.

DOROTEA, AGUSTIN.

DOROTEA. Qué ha de haber? Nada.

AGUSTIN. Pues por qué se marcha así ese chico? «Si nada ha ocurrido,» acaba de decir.

DOROTEA. Y sabe alguna vez un enamorado lo que dice? Atrasó el reloj de doña Beatriz el vaiven de su péndola: adelantó el corazon de Rafael el de sus latidos: resultó una

diferencia de cinco minutos, y hé aquí descompuesta, por tan sencilla discordancia, toda la máquina cerebral de nuestro hombre, y amontonada en ella toda otra máquina de sucesos terribles y de increibles catástrofes.

AGUSTIN. Mejor es así. Y díme, ¿hubo telégrama de Estéban?

DOROTEA. Sí.

AGUSTIN. Desde Cádiz, por de contado?

DOROTEA. Desde Cádiz y mañana le tendremos con nosotros. Y á propósito de mi padre, ¿has pensado en su carta?

AGUSTIN. Algo, aunque no mucho, porque no le doy importancia.

DOROTEA. Pues yo... no sé por qué... pero cada vez la encuentro mas extraña.

AGUSTIN. Válgame Dios, y qué cabezas, y qué imaginaciones teneis todos en la familia! Vamos á ver, ¿qué párrafo, qué frase, qué palabra te parece sospechosa y alarmante en esa carta de mis pecados?

DOROTEA. Ántes de la carta el afan que ha mostrado mi padre por venir.

AGUSTIN. Es natural; quiere presenciar la boda de su nieto, y Estéban, cuando quiere una cosa, la quiere de veras. Vamos, es el que siempre fué.

DOROTEA. Luégo la absoluta prohibicion que nos impuso de que se realizase ántes de su llegada.

AGUSTIN. Este capítulo lleva el mismo título que el anterior.

DOROTEA. Y por último, aquella reiterada pregunta...

AGUSTIN. Cuál!

DOROTEA. Aquella que dice... Tantas veces la he leido que de memoria la sé. «Esa señora de Velarde, con cuya hija ha»beis proyectado casar á Rafael, se llama acaso Beatriz? »Residió en su juventud en la Habana? Fué allí, y hace »diez y ocho años, donde murió su marido?»

AGUSTIN. Y bien?

DOROTEA. Que son preguntas muy raras, muy singulares.

AGUSTIN. Raro y extraño encuentras el querer enterarse de las circunstancias de una familia, á la cual vais á ligaros por toda la vida? Pues en rigor, ni él podía preguntar ménos, ni vosotros pudísteis ser más concisos al parti–

ciparle el proyecto de boda. «El niño se casa: la novia »es divina: es huérfana de padre, y Velarde es su apellido.» Famosa fórmula para enterar á un hombre como don Estéban de que se le casa el nieto.

DOROTEA. No, Agustin. Tú eres muy bueno y por ende optimista en grado superlativo: todo lo arreglas á tu gusto, que resulta ser el de tus amigos; pero viene el diablo que ni lo es tuyo, ni de ellos, y desarregla tus arreglos, y todo se lo lleva la trampa á pesar de tus buenas intenciones. Yo te digo que aquí hay algo.

AGUSTIN. Y aún algos. Por el pronto el abuelo está de mal humor ni más ni ménos que mi señora doña Beatriz. Tenian cada uno por su parte, y allá en su mundo,—ésta en la heróica villa del oso, aquel del lado allá del Océano,—sus planes y sus proyectos. Era el sueño dorado de don Estéban casar á Rafael con Rosita, su preciosa pupila, opulenta heredera de una de las más pingües fortunas de la isla: era empeño formal de doña Beatriz dar su Amparo á Carlitos, hijo de otro don Cárlos que fué gran amigo de todos nosotros. Pero cátate ahí, que una mañanita azul, tibia y transparente, como mañana de abril en Andalucía, cierto don Rafael pisa el vestido á una doña Amparo al salir ambos de San Luis; que la niña vuelve la cabeza; que él dice, »perdone usted,» y que ella, con la mala intencion y la tradicional saña, propia del sexo, ántes que perdonarle, hiérele mortalmente en el pecho, con lo cual cae moribundo el mancebo, cúranle de primera intencion en la Vicaría, y pasado mañana se despedirá el duelo en la iglesia. Y díme ahora si hay motivo de sobra para que don Estéban y doña Beatriz se miren recelosos desde léjos y en son de fieros enemigos se aproximen.

DOROTEA. Pintoresco estás y buena maraña de imágenes y retóricas traes de repuesto; pero no me convences.

AGUSTIN. Convencerte? Oh! eso fuera hacer traicion á tu sexo.

DOROTEA. En fin, ¿tú crees que mis recelos no tienen fundamento?

AGUSTIN. Tal creo.

DOROTEA. Dios lo haga; pero los presentimientos no engañan.

AGUSTIN. Oh! los presentimientos! Mira á lo que han venido á reducirse los de Rafael. Ahí tienes á Amparo.

## ESCENA VIII.

DOROTEA, AGUSTIN, BEATRIZ, AMPARO. Las dos últimas por el fondo.

DOROTEA. Sí: ellas son. Y ese chico... Si yo se lo dije.

BEATRIZ. (Á Dorotea.) Perdone usted si hemos tardado. Adios, Agustin.

DOROTEA. (Á Beatriz.) Tardar? no. Son las doce ménos cuarto. (Á Amparo.) Adios, hija mia. (Amparo mira á todas partes con impaciencia mal contenida.)

AGUSTIN. (Á Amparo.) Ha perdido usted algo?

AMPARO. No.

AGUSTIN. Pues yo digo que sí.

AMPARO. Que no: de veras.

AGUSTIN. De veras que sí. Ha perdido usted un Rafael de cuerpo entero, ojos negros, palabra ardiente y corazon volcánico.

AMPARO. Don Agustin!... Pues dónde está?

AGUSTIN. Quién?

AMPARO. Quién ha de ser? Ese que usted dice. Él!

AGUSTIN. Á buscar á ustedes ha ido. Se empeñó en que era tarde, en que estaría usted enferma, ¡qué sé yo!

AMPARO. Lo ves, mamá? Ves como tenía yo razon. Si te lo dije: «Rafael estará impaciente;» pero te empeñaste en que oyésemos misa en el Cármen! Y Rafael fué á buscarnos!

BEATRIZ. Y bien, ¿qué mal hay en ello?

AMPARO. Yo no digo...

BEATRIZ. No es mucho conceder algunos minutos de gratitud á *Aquel*, que va á daros toda una vida de felicidad. Que se impacienta Rafael? que se impaciente. Qué te impacientas tú? mal haces, y no he de sacrificar yo mis deberes á tus caprichos.

AGUSTIN. Toma! toma!

AMPARO. Perdóname, mamá!

BEATRIZ. Amar al hombre que ha de ser nuestro esposo, dicha es y obligacion á un tiempo mismo; pero todos los afectos humanos tienen límites.

AGUSTIN. Vamos, señora... (Intercediendo por Amparo, que escucha con humildad á su madre.)

DOROTEA. Beatriz... (Lo mismo.)

BEATRIZ. En misa miró dos veces el reloj con escándalo de cuantos la rodeaban. Distraida entró aquí: distraida sigue y sin pensar más que en *uno*. Y Dios castiga, créanme ustedes, castiga terriblemente esos amores exagerados de la criatura á la criatura. (Inclina la cabéza y queda silenciosa y sombría.)

AGUSTIN. (Á Amparo.) Oyó usted el sermon?

AMPARO. No señor, á Dios gra... (Se detiene asustada y mira á su madre, pero ésta sigue distraida.)

AGUSTIN. Pues nosotros sí. No sea usted tan severa, amiga mia.

BEATRIZ. Es por su bien. Usted cree que yo no la quiero. (La atrae á sí dulcemente.)

AGUSTIN. Y qué quiere usted que diga y haga la víspera de su boda?

BEATRIZ. El dia ántes de la boda se sueña con un porvenir de felicidad; no se piensa más que en aquella dicha, que á tan poca costa viene á nosotros; se cree que de derecho nos pertenece; se dice, «bella es la vida, gocemos;» y parece que todo es de color de rosa, y que para nada necesitamos á Dios, y se le olvida. Y al dia siguiente ¿la felicidad dónde está? Y quién nos robó aquella dicha? Y el color de rosa ¿por qué es ya color de sangre? Ay que no nos queda entónces más que *Aquel* á quien el dia ántes olvidábamos: *Aquel* á quien no queríamos conceder la limosna de unos minutos! Oh! vanidad ridícula de la criatura, regatearle minutos al que dispone de siglos y siglos!

AMPARO. Mamá, perdóname. (Llorosa.)

DOROTEA. Basta ya, Beatriz.

**Beatriz.** Ustedes son los que deben perdonarme. Ven aquí, niña. (*Abrazándola. Despues dirigiéndose á Dorotea.*) Miéntras vuelve Rafael podíamos subir usted y yo á visitar á doña Cármen. Segun mis noticias, está algo ofendida porque no le hemos dado parte de la boda con la solemnidad que ella apetece, y nos cuesta tan poco complacerla y desenojarla ..

**Dorotea.** Como usted guste, Beatriz.

**Beatriz.** Pues vamos un instante. Usted se queda? (*Á Agustin.*)

**Agustin.** Al cuidado de la niña.

**Beatriz.** Pues hasta luégo.

**Dorotea.** Hasta luégo. (*Salen por el fondo Dorotea y Beatriz.*)

## ESCENA VIII.

AMPARO y AGUSTIN.

**Agustin.** Buena reprimenda nos echó mamá, y buen genio gasta.

**Amparo.** No lo crea usted: es muy buena, y tiene razon de sobra en todo lo que ha dicho. Pero yo soy así, y no me corrijo por más que me predica. Qué! Si hay para desesperar á un santo! Si ella no fuese tan bondadosa como es, yo no sé cómo podría sufrirme. Yo la escucho: me convence: lloro de veras: la abrazo y la beso, prometo formalmente variar de carácter... ¡y como si nada hubiese prometido! Mire usted, don Agustin, en diciendo que el corazon principia á latir con fuerza, que los ojos se figuran que ven á Rafael, y que en los oidos me zumba su nombre, ¡se acabó! No quiero pensar en él, y sólo en él pienso: cierro los ojos, y le veo con el alma: me tapo los oidos, y su nombre resuena como en armonía lejana: huyo de su imágen, y es inútil porque la llevo conmigo y no es posible que yo huya de mí misma.

**Agustin.** Pero ¿á qué es todo eso? Á qué huir, cerrar los ojos y taparse los oidos? Si ya es cosa resuelta: si el cura está, como quien dice, con la mano en alto, esperando que

vayais para desplomar la bendicion sobre vuestras cabezas? Á qué viene ahora todo ese romanticismo?

AMPARO. Ahora no; pero ántes, ántes de que mamá consintiera!...

AGUSTIN. Ya! cuando quería casarte con Carlitos?

AMPARO. Precisamente. Qué luchas! Qué llantos! Qué penas! Ah! usted no puede figurarse aquello. Porque mamá es un ángel, pero tiene un carácter y una voluntad! Ella cumple siempre su deber, y va por la línea recta, eso sí; pero al que se desvíe un tantico ¡buena le aguarda! Y hay que confesarlo, razon tenía. Porque Carlitos es un buen chico; y yo le quise desde pequeña como á un hermano; y su padre lo fué casi de papá: conque ya ve usted si era justo que yo me casase con él, y si mi madre pensaba bien pensando en esta boda. Nada, don Agustin, póngase usted en el caso de mamá, y figúrese qué efecto la produciría esta escena: «Niña, te casas »con Cárlos.» Y la niña baja la cabeza y la mueve así, así. (Mueve la cabeza como diciendo *no.*) «Cómo?»—«Cómo »que no quiero casarme con Cárlos, sino con Rafael.» Aquí, asombro maternal.—«Rafael! Rafael! Pero ¿quién »es ese Rafael, que se nos cae encima como llovido del »cielo?»—«Sí, señora, á mí tambien me lo han llovido »del cielo; conque viniendo de allí no puede ser malo.» Así empezó la lucha.

AGUSTIN. Que concluirá pasado mañana.

AMPARO. Dios lo quiera; porque si mi Rafael me faltase!... Yo no sé por qué le hablo á usted de estas niñerías; pero me inspira usted tanta confianza, es usted tan bueno!... No hay cosa que no le parezca bien.

AGUSTIN. Todo no: mira, el que Rafael nos haga esperar tanto, no me parece bien, ni siquiera mediano.

AMPARO. Es cierto. Cómo tarda! Por qué será? Qué le habrá sucedido? Las doce! Dios mio! (Se pasea agitada y se asoma al balcon varias veces.) No: no: esto no es natural. Vamos, que no viene. Don Agustin, don Agustin... (Con tono zalamero.)

AGUSTIN. Qué quiere usted, Amparo?

AMPARO. Si fuese tan amable...

AGUSTIN. Qué?

AMPARO. Que quisiese. Ya ve usted la hora que es. Formalmente, yo temo... ¿Qué sé yo lo que temo?

AGUSTIN. Pero explíquese usted.

AMPARO. Quisiera...

AGUSTIN. Quisiera?... Qué?...

AMPARO. Que fuese usted á buscarlo.

AGUSTIN. Pero Amparito!

AMPARO. Ya lo sé: es una impertinencia: es abusar de usted: sólo con usted me atrevería yo... Pero está tan cerca!...

AGUSTIN. No diga usted eso: abuso no es: impertinencia, tampoco.

AMPARO. De modo que va usted?

AGUSTIN. Qué remedio?

AMPARO. Pues cuanto más pronto, mejor. (Va á buscar el sombrero y se lo da.)

AGUSTIN. Pobre niña: está impaciente y es natural.

AMPARO. Adios: y por la Vírgen que no se lo diga usted á mamá.

AGUSTIN. Ni una palabra.

AMPARO. Adios. Volverá usted pronto?

AGUSTIN. Sí: adios, locuela. (Sale por el fondo.)

## ESCENA IX.

AMPARO.

(Asomándose al balcon.) Nada... no parece Rafael. (Viniendo al centro.) Por qué no vendrá más de prisa? Me querrá tanto como yo le quiero? No hay quién lo sepa? No hay quién me lo diga?... Si estuviéramos en el campo ya sabría yo cómo averiguarlo. Pero aquí... en Madrid... en estas casuchas... ¡qué ha de haber!... Ah! (Mirando al velador.) por qué no? Á falta de hojas de margarita... las hojas de un álbum pueden servirme. Son de carton; pero ¿qué remedio si no hay otras? Veamos lo que dice la última. (Va pasando las hojas del álbum una á una.) «Me quiere. No me quiere. Sí: no. Sí: no. Que si

me quiere: que no me quiere.» ¡Qué pocas quedan! «Sí: no. Que si: que no. Me quiere... ¡no me quiere!»... Maldito álbum: maldita hoja. Voy á odiar este retrato toda mi vida. Á ver quién es. (Mirando la última hoja.) Ah! una señorita! Y qué bella! Mucho, mucho: como un cielo. Maravilláramé yo que me hubiese dado otra respuesta. Pero calla! si la conozco! Si es Rosa, la elegida de don Estéban, su pupila, la opulenta heredera... Yo en cambio soy tan pobre! Y lo que es linda... linda es de veras: ya lo era en el colegio; pero Rafael dice que yo lo soy más. Y buena... y dulce... hay que confesarlo, era un terron de azúcar. Cuánto la quería yo! Pues ahora sospecho que cuando venga, porque vendrá tras de don Estéban, de fijo, no he de quererla tanto. No, buena... ella lo es mucho más que yo. (Pausa: se queda pensativa.) Ea! este es dia desdichado: todos son disgustos: todo me sale mal. Salió mal el vestido de boda. Salió á buscarme Rafael. La misa tardó muchísimo en salir y despues ¡salió tan larga!... Ay! lo que he dicho! Perdóname, Dios mio; ha sido sin intencion. Tú eres muy bueno; tú no eres tan severo como mamá: por ti he conocido á Rafael, y Rafael me ama: y seré suya con tu permiso: porque tú quieres ¿verdad? Cuánto te amo! Más que á Rafael!... Mira, por tí lloro, por tu amor!... No es por nadie más que por tí, Dios mio!

## ESCENA X.

AMPARO, RAFAEL.

RAFAEL. Amparo!

AMPARO. Rafael!

RAFAEL. Llorabas!

AMPARO. Llorar! No: qué tontería! Aunque bien pensado, motivos tengo para llorar y para estar triste y cabilosa.

RAFAEL. Tú? Por qué?

AMPARO. Ay, Rafael! Mala cosa son los remordimientos.

RAFAEL. Remordimientos mi Amparo? Á quién has hecho tú daño?

AMPARO. Á tí. No me mires con sorpresa. Digo y repito que á tí.

RAFAEL. Pero cómo?

AMPARO. Don Estéban te había preparado un brillante porvenir. No lo niegues: lo dice todo el mundo. Ahí es cosa de broma! Rosita, la rica heredera.

RAFAEL. Amparo!

AMPARO. Y además hermosísima. Fué mi compañera de colegio, la conozco mucho: te digo que es preciosa, y aunque yo no lo dijese lo dice su retrato.

RAFAEL. Por Dios, Amparo...

AMPARO. Y por añadidura un ángel de bondad. Esto lo dice tu abuelo.

RAFAEL. Y ¿qué sabe mi abuelo lo que se dice?

AMPARO. ¡Oh, los abuelos son personas serias y formales; que conocen de una punta á otra la vida: como que se la han vivido toda!

RAFAEL. Te has propuesto atormentarme?

AMPARO. El hablarte de Rosita te atormenta?

RAFAEL. Mucho.

AMPARO. Pues el verla no será tormento tan cruel, cuando has puesto su fotografía en el álbum.

RAFAEL. Es decir, que miéntras me aguardabas, estuviste aguzando tus enojos delante de ese retrato para clavármelos ahora en el corazon?

AMPARO. Precisamente.

RAFAEL. Pues mira qué coincidencia, qué simpatía: en tanto que tú contemplabas la imágen de Rosita, yo contemplaba, no la imágen, sino la completa realidad de Carlitos.

AMPARO. De Carlitos?

RAFAEL. Sí; le encontré y me dijo que os había visto en el Cármen.

AMPARO. Ya.

RAFAEL. Y que al salir te ofreció agua bendita. Bendita agua!

AMPARO. Vas á tener celos?

RAFAEL. No! pero ahora comprendo tu tardanza: vendrías despacio, hablando...

AMPARO. Rafael!...

RAFAEL. Y Cárlos es un chico muy simpático; y aunque no es tan rico como Rosita, su mujer tendrá coche.

AMPARO. Eres malo, Rafael: muy malo.

RAFAEL. Querida, dicen que la venganza es el manjar de los dioses.

AMPARO. Pero tú no eres dios ni mucho ménos.

RAFAEL. Sin serlo puedo tener buen paladar.

AMPARO. Y mal corazon.

RAFAEL. Imposible: tú estás en él.

AMPARO. Pues ¿por qué me martirizas?

RAFAEL. Por qué me martirizaste tú? Ignoras que lo eres todo para mí? Por quién vivo? Por quién muero? Tú sabes lo que yo te amo? Tú sabes hasta dónde llega mi cariño?

AMPARO. No lo sé: dímelo. Y si lo sé, quiero que lo repitas.

RAFAEL. Mira, si Dios, por realizar extraño prodigio, sujetara á mi voluntad la balanza de los mundos, y á un lado pusiera yo el cariño que tengo á mi Amparo y el que tengo á mi madre, y del otro lado amontonáran potencias celestes todos los mundos y todos los soles que llenan el espacio, todos los amores y todos los odios que han llenado los siglos, cuanto es, cuanto fué, cuanto será, de vuestro lado se inclinaría sin vacilar la balanza, que para mí, ante vosotras todo es nada. Así te quiero: es posible, Amparo, querer más?

AMPARO. Es posible, porque más te quiero yo. Si en esa fantástica balanza de que hablabas y en lados opuestos estuvieran el cariño que tengo á mi Rafael y el que tengo á mi madre... Pobre madre, si me oyese!

RAFAEL. Cuál vencería?

AMPARO. No me lo preguntes! No ves que temo que me oiga?

RAFAEL. Amparo!

## ESCENA XI.

AMPARO, RAFAEL, AGUSTIN, entrando por el fondo apresuradamente.

AGUSTIN. Rafael!... Rafael!...
AMPARO. Ya de vuelta?
AGUSTIN. De vuelta yo, y de vuelta...
RAFAEL. Quién?
AGUSTIN. Quién ha de ser?... Á quién esperábais?...
RAFAEL. Hoy á nadie.
AGUSTIN. Hoy ó mañana, que más da?
RAFAEL. Qué dices?
AGUSTIN. Que él es hombre de poca paciencia, y que si el tren no se hubiese retrasado, hacía ya tres horas que estaba en vuestros brazos.
RAFAEL. Mi padre!... Mi padre está ahí!...
AGUSTIN. Acabando de subir las escaleras, y á su edad no hay abuelo que las suba más aprisa.
ESTEBAN. Rafael! (En la puerta del fondo.)
RAFAEL. Padre!... Padre mio!... (Corre á su encuentro, y se abrazan.)
AGUSTIN. Voy á dar la noticia á Dorotea. (Sale por el fondo.)

## ESCENA XII.

AMPARO, RAFAEL, D. ESTÉBAN.

RAFAEL. Sin descansar! Sin avisarnos! Por sorpresa!
ESTEBAN. Era preciso. Y la boda?... la boda?
RAFAEL. Esperando que usted llegase...
ESTEBAN. Gracias á Dios.
RAFAEL. Por qué te quedas tan léjos, Amparo? Ven, acércate.
ESTEBAN. Señorita...
RAFAEL. No temas. Es mi abuelito como le llamaba hace veinte años; mi padre, como ahora le llamo; nuestro buen padre, como tendremos que llamarle bien pronto.
ESTEBAN. Acérquese usted, señorita; yo se lo ruego.
RAFAEL. Usted! y usted! y señorita! No siempre han de repren–

der los papás: alguna vez ha de tocarnos á nosotros. Amparo se llama, y para sus lábios de usted otro nombre áun mejor tiene: esta bella señorita se llama «hija mia.»

ESTEBAN. Aún más cerca, señorita. Yo se lo suplico á usted.

RAFAEL. (Ap.) (Dale! señorita y usted! Vaya si el abuelito es testarudo.)

AMPARO. (Acercándose con timidez.) Sí, señor.

RAFAEL. (Ap.) (Claro: la otra responde «si señor.» Muy señor mio y de todo mi respeto y consideracion debió decir.)

ESTEBAN. (Mirándola atentamente.) Mi vista está muy cansada. Quiere usted que nos aproximemos más á la luz?

AMPARO. (Ap.) (Rafael, ven conmigo: me da miedo.) (Se aproximan los tres al balcon.)

ESTEBAN. Muy hermosa, muy hermosa; pero tampoco distingo bien sus facciones. Me ofende tanta luz!

RAFAEL. Gran milagro, y está usted de cara á dos soles.

ESTEBAN. Ahora veo algo más. Dígame usted, señorita, ¿se parece usted mucho á su madre?

AMPARO. No sé... Esa pregunta!... ¡es tan extraña!

RAFAEL. Qué ha de parecerse! Ni ella se parece á nadie, ni nadie habla aquí de parecidos, ni á mí me parece bien que no le haya usted abierto ya los brazos.

ESTEBAN. Por qué no? Á mi edad, bien puedo. Es muy simpática, y bien pudiera ser mi nieta.

RAFAEL. (Con energía.) Bien pudiera ser? Lo es! Lo será!

ESTEBAN. *Es*! *Será*! Palabras son, que sólo han podido pronunciar lábios divinos. *Es! Será*! En los de la criatura suenan á soberbía y llaman sobre sí castigos y escarmientos.

RAFAEL. Padre!

AMPARO. (Ap.) (Dios mio, me da miedo este hombre.)

## ESCENA XIII.

AMPARO, RAFAEL, ESTÉBAN, DOROTEA, AGUSTIN. Los dos últimos por el fondo.

DOROTEA. Padre!... Padre mio!

ESTEBAN. Hija mia!... Mi Dorotea! (Se abrazan.)

AMPARO. Yo me retiro... si ustedes me lo permiten. Estos primeros instantes de expansion... deben ser... ta n sólo.. para las personas de la familia.

DOROTEA. Qué estás diciendo... No; no te marches. De la familia! Bien pronto lo serás.

RAFAEL. (Deteniéndola por la mano.) No nos dejes, Amparo. De mi familia, ya lo eres.

AMPARO. (Con triste sonrisa.) Que lo soy? ¿Que lo seré ¿Quién lo sabe? Don Estéban dijo bien y yo bien lo recuerdo: estas cosas están en manos de Dios. (Queriendo irse.)

RAFAEL. Amparo... Amparo... (Ap.) (Por qué te enojas conmigo?)

AMPARO. Contigo, Rafael? No; nunca. Déjame ir... á nuestro cuarto. Voy á elegir... ya sabes... entre el color de rosa y el azul. (Ap. y con cariño y monada como para consolarle.) (Luégo vendré.) (En voz alta.) Me acompaña usted, Agustin? Necesito su consejo.

AGUSTIN. Con mucho gusto. (Ap.) (Mal gesto trae don Estéban.)
(Salen por la derecha, primer término, Amparo y Agustin.)

## ESCENA XIV.

DOROTEA, RAFAEL, D. ESTÉBAN.

Pausa: quedan los tres silenciosos, como contrariados, sobre todo Rafael.

DOROTEA. Pero ¿qué tiene Amparo? Qué tienes tú? (Á Rafael.)

RAFAEL. Pregúntaselo...

DOROTEA. Á quién?

ESTEBAN. Á mí, no es esto?

RAFAEL. Sí, padre mio.

DOROTEA. No comprendo...

ESTEBAN. Bien pronto vas á comprender; pero ántes sentémonos. (Se sienta entre Dorotea y Rafael.) Á mis años el cuerpo pesa mucho y el espíritu apénas lo sostiene. Y venir desde tan léjos para ser quizá mensajero de desgracias

es traer mayor peso sobre el alma, que fatiga sobre el cuerpo.

DOROTEA. Padre!

RAFAEL. Padre!

ESTEBAN. Quieres que te diga, por qué se marcha enojada esa preciosa niña? Y por qué tan enojado como ella se queda Rafael? Pues nada más fácil, Dorotea. Porque yo no he querido dar ni brazos de padre, ni nombre de hija á quien ignoro todavía si lo será.

RAFAEL. (Con ímpetu.) Lo será.

ESTEBAN. Rafael!

DOROTEA. Hijo!... (Conteniéndole.) Habla claro, padre. Tus palabras son incomprensibles; pero aun siéndolo vienen á causarnos angustia y sobresalto, que yo no te podré explicar.

RAFAEL. Hable usted: yo se lo ruego. El respeto sella mis lábios; pero adivine usted ¡por Dios santo! lo que pasa en mi corazon.

ESTEBAN. Ven aquí, Rafael. Siéntate á mi lado, y oye una historia muy triste, que ignorabas sin duda al poner tu amor en esa pobre niña.

RAFAEL. Padre!...

ESTEBAN. Atiende con calma ántes de pronunciar palabras inútiles. (Pausa.) Díez y ocho años hace, y allá en la Habana, no había más linda señorita que Beatriz Barrieta.

RAFAEL. La madre de Amparo?

ESTEBAN. No lo sé: lo temo: y para averiguarlo por mí mismo vengo de América. Déjame seguir. Si la Beatriz de mi historia era hermosa de cuerpo, aún más hermosa era su alma.

RAFAEL. Lo ve usted! Entónces...

ESTEBAN. Aguarda. (Pausa.) Adoradores! qué jóven no los tiene? y cuántos no tendría la perla de aquella otra perla del nuevo Mundo? Pero su juicio era tan recto como su talle; su inteligencia tan clara como la luz de sus ojos, y más puro que el matiz de su frente era su corazon. Con esto quiero decirte que supo escoger, y que de-

Andrés Velarde, el que llegó á ser su esposo y padre de Amparo, era digno de ella: un caballero: un hombre.

RAFAEL. Lo ves? No hay mancha, no hay sombra, no hay niebla de deshonor en Amparo! Á qué concluir esa inútil historia?

ESTEBAN. Inútil! Desdichado! Escucha. Entre la turba que asediaba á Beatriz con amorosas pretensiones distinguíase uno...

DOROTEA. Y era su nombre...

ESTEBAN. Julio de Almeida.

DOROTEA. Nunca oí ese nombre.

RAFAEL. Yo tampoco.

ESTEBAN. Por soltero pasaba: gastaba como príncipe: perdía al juego como loco: era gallardo como ninguno: valiente como él solo: y como todos los calaveras juntos, calavera y osado. Amó á Beatriz con amor del infierno: la persiguió como Satanás á sus víctimas: y cayó vencido por el desprecio de la niña como el rey de las tinieblas bajo las plantas del Arcángel.

RAFAEL. Ah! (Con alegría mal contenida.)

ESTEBAN. Beatriz Barrieta fué esposa de su elegido y el miserable aventurero enloqueció de rabia. Durante ocho dias ni arrojó oro sobre el tapete verde, ni deshonras á la plaza pública: no se vió: no se oyó hablar de él. Pero al fin una noche, en un teatro, Julio se acercó pálido y sombrío á los felices esposos. «Señora, dijo, mucho »he debido amarla cuando la he dejado ocho dias de »felicidad. Jamás tuve tantos. Pero á cambio de ellos »necesito yo una hora de venganza.» Y dejó caer un guante sobre el rostro de Andrés.

RAFAEL. Y bien?

ESTEBAN. Al dia siguiente moría Velarde en duelo atravesado el pecho por la estocada favorita de Almeida; y Beatriz vestía de luto para siempre, y huía de América como de tierra maldita.

RAFAEL. Triste es en efecto la historia; pero aún suponiendo que sea la de Beatriz, ni al presente importa ese re-

cuerdo, ni alcanzo tampoco á qué fin lo evoca usted en estos instantes consagrados á la esperanza.

ESTEBAN. ¡Ah, pobre hijo mio, pídele á Dios que la historia que acabas de oir no sea la de esa mujer!

## ESCENA XV.

DOROTEA, RAFAEL, ESTÉBAN, BEATRIZ por el foro.

BEATRIZ Si mi presencia no es importuna...

DOROTEA. Mi padre... La que ha de ser madre dè mi hijo. (Presentando uno á otro.)

ESTEBAN. Señora... (Acercándose á Beatriz y mirándola fijamente.)

RAFAEL. Habla... ¿La reconoces?... Es ella?...

BEATRIZ. No comprendo... (Observando á Estéban.) Pero usted... Una idea vaga cruza por mi mente...

ESTEBAN. Infeliz, hijo mio! ó no pediste con fervor, ó Dios no quiso escucharte; porque muchos años han pasado; muchas lágrimas han abierto hondos surcos en ese rostro; pero la memoria de los viejos es terca, y yo juraría que tengo la triste honra de saludar á la misma que hace diez y ocho años en una mañana de cruel recuerdo... ¿no es verdad?

BEATRIZ. Sí: verdad es... (Mirándole con fijeza.) Todo aquello quedó grabado aquí (Señalando la frente.) y aquí. (Poniendo la mano en el pecho.) Usted... á quien no tenía el gusto de conocer, había llegado la noche ántes, y quiso evitar el duelo... no sé por qué... pero en fin, quiso evitar el duelo. Era tarde!... No importa. . yo se lo agradezco... y no puedo hacer, en prueba de gratitud, más de lo hecho. Al dar á Rafael mi hija Amparo, dí cuanto tengo y cuanto amo.

RAFAEL. Gracias! gracias! (Á Beatriz.) Lo estás viendo. Nada se opone á mi felicidad. (Á Estéban.)

ESTEBAN. Se oponen mi conciencia y tu deber.

RAFAEL. Qué dice, madre mia?

ESTEBAN. Usted recuerda el nombre del asesino de su esposo?

BEATRIZ. Sí lo recuerdo! De tanto pronunciarlo casi he olvidado

el de Andrés

ESTEBAN. Y era?

BEATRIZ. Julio de Almeida.

ESTEBAN. Nombre supuesto.

BEATRIZ. Y el verdadero ¿cuál?... Lo necesito para decírselo á Dios!

ESTEBAN. La verdad no tiene más que un nombre: Cláudio Mendoza!

RAFAEL. Dios santo!... ¡¡mi padre!! (Retrocede y se cubre el rostro con las manos.)

DOROTEA. ¡¡Él!!

BEATRIZ. Qué dice?... qué dice!... ¿qué dice usted? (Avanzando hácia Estéban y cogiéndolo por un brazo.)

ESTEBAN. Que cumplí como leal y como caballero. Si usted quiere dar al hijo de aquel hombre su hija Amparo, yo respetaré la voluntad de la víctima, que será prueba de perdon; pero en todo caso no lo habré conseguido ni por el engaño ni por la mentira.

RAFAEL. (Precipitándose de rodillas á los piés de Beatriz y cogiéndole las dos manos.) Ah!... señora... Ah!... madre mia... yo no encuentro palabras... yo no encuentro lágrimas... yo no sé qué decir!... yo no sé más que una cosa... que Amparo me pertenece... que no hay nadie que me la quite...

BEATRIZ. (Arrancando sus manos de las de Rafael y retrocediendo. Rafael queda ante ella de rodillas.) Ese... ese hombre!... lleva en sus venas aquella sangre maldita!... y él ¡había de ser el esposo de Amparo! Ah! no hay quien me lo diga, no hay quien se atreva á proponérmelo. (Retrocediendo, pero dirigiéndose á Rafael.) Aunque fueses la última de las criaturas; aunque no tuvieses ni nombre, ni padres; aunque llevases sobre tu frente el sello infamante de una generacion entera; aunque vinieses de raza de verdugos; si eras bueno, y honrado, y mi hija te amaba, yo te la diera. Pero tú! tú! que has formado parte de aquel hombre; que has estado confundido con su ser! tú, que ¿quién sabe? si por misteriosas potencias

comunicaste á su brazo la fuerza necesaria para partir el corazon de Andrés!... Ah!... no!... vete!... déjame!... No es eso... Es verdad... no... yo soy la que debo dejarte... Amparo... Amparo...

RAFAEL No!... ahora no!... ¡por Dios... silencio!... Yo nada contesto... yo nada digo, ya lo ve usted... Pero Amparo... Amparo... la mata usted si la revela así... de pronto... ese horrible secreto... Ya pensaremos... más tarde... con más calma... Yo le daré á usted la venganza que pida... Pero ahora no... Ella viene... Por Dios santo!... Por su salvacion de usted!... Por la vida de Amparo! Disimule usted!... disimulemos todos!... yo tambien!... usted verá!... voy á reir... aunque con garfios tenga que arrancarme la risa del corazon!

## ESCENA XVI.

DOROTEA, BEATRIZ, RAFAEL, D. ESTÉBAN, AMPARO por la derecha primer término: viene alegre y risueña. Esta escena final resulta del contraste entre la situacion de horrible dolor de todos los personajes y la espontánea alegría de Amparo.

RAFAEL Amparo mia!... (Queriendo cogerle una mano.)

BEATRIZ. Ven! (Arrancándola con mal contenida violencia á Rafael.)

AMPARO. Nos vamos?... Pues cómo?...

BEATRIZ. Sí: nos vamos; sígueme.

RAFAEL. Ya te explicará... luégo... tu madre...

AMPARO. Pues adios... Adios... (Á Rafael.) Don Estéban, perdone usted si mis palabras fueron algo duras y si me marché algo enojada... yo soy así. Pero hemos de ser buenos amigos... Verdad, Rafael?

RAFAEL. (No más!) (Ap.)

BEATRIZ. Ven!

AMPARO. Espera un poco: qué prisa! No me he despedido de mi segunda madre. (Se acerca á Dorotea y la abraza y la besa.) Adios!.,. Adios!... Todavía anda atrasadillo mi gabinete.

DOROTEA. ¡Hija mia!

RAFAEL. ¡Amparo!

AMPARO. Pero quedará lindísimo!... Prefiero el color azul. Verdad? (Á Rafael.) Es color de cielo.

RAFAEL. (Contigo todo color lo es, hasta el del sudario!) (Ap.)

BEATRIZ. (Cogiéndola por un brazo y separándola de Dorotea.) Vamos... basta. . ven... que vengas te digo.

AMPARO. Pues, adios!... hasta la noche!... Tenemos que venir porque áun quedan muchas cosas por arreglar. Adios, Rafael! (Beatriz y Amparo se dirigen al fondo.)

RAFAEL. Amparo! (Volviéndose á su madre.) Madre! ó dame la muerte ó dame una esperanza!

DOROTEA. Cómo pides la muerte á quien te dió la vida!

RAFAEL. Pues la esperanza entónces! Existe?

DOROTEA. Siempre... en Dios!

RAFAEL. Pues no me la niegues!... No, madre, por Dios no me la niegues! (Queda casi abrazado y contenido por su madre.)

AMPARO. (Desde el fondo volviendo la cabeza.) Rafael!

RAFAEL. Amparo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA.

DOROTEA, AGUSTIN. Dorotea sentada. Agustin á su lado.

DOROTEA. Ya conoces por completo la historia de mi desventura, y mia la llamo, porque mia es, siéndolo de mi hijo. Y si en aquella remota fecha de mi vida, en que por tantas pruebas pasé, en que tantas lágrimas vertí, no me faltó tu amistad de hermano, ni tu noble apoyo, no me los niegues hoy en que por mí, y más que por mí por él, como nunca los necesito.

AGUSTIN. Pobre Dorotea! Negarte yo mi cariño y mis consuelos Á la vejez no se cambia fácilmente de costumbres.

DOROTEA. Gracias, Agustin.

AGUSTIN. Triste ha sido tu destino.

DOROTEA. Muy triste: Dios tome en cuenta mis dolores para perdonar mis culpas.

AGUSTIN. Fatal momento aquel en que diste á Cláudio la mano de esposa sin amarle.

DOROTEA. Debilidad fué más que obediencia.

AGUSTIN. Pues en la lucha de la vida, camino es el de la debilidad que á todos los precipicios conduce. Ah! que Cláudio era guía sin igual para llevarte á ellos.

DOROTEA. No me hables de él. Sólo su nombre es para mi, espanto en lo pasado, angustia en lo presente, desespera-

cion para lo porvenir.

AGUSTIN. Pero tú ignorabas esa historia funesta?

DOROTEA. Y cómo querias que la supiese? Abandonada por Cláudio, y mientras yo quedaba en Europa, él recorriendo toda la América española con uno y otro nombre supuesto, ¿quién era capaz de seguirle, ni áun con el pensamiento, en su vertiginosa carrera? Soldado aquí, dictador allá; hoy casi príncipe, mañana ménos que mendigo; libertino, jugador, espadachin, espíritu indómito y satánico, corazon desesperanzado, alma enlodazada, de la que sin embargo brotaban algunas veces destellos de deslumbradora grandeza. Deslumbradora grandeza, sí, pero nunca como luz del cielo, sino como penacho de volcan. Tal fué su vida: así rodó á manera de torbellino por el mundo: así hundióse como Luzbel en el abismo. Ah! Rafael, mi pobre Rafael, y cómo pesan sobre nosotros dos las infamias de aquel hombre.

AGUSTIN. Y no hay esperanza? Porque mira que Rafael la necesita! la necesita, hija mia, créeme.

DOROTEA. Esperanza?... Y qué crees tù? la hay? (Con cierta intencion.)

AGUSTIN. Si hablases á Beatriz... tus súplicas, tu llanto...

DOROTEA. Inútil. Es muy buena, pero es inflexible. La esperanza no está ahí.

AGUSTIN. Entónces, debemos perderla?

DOROTEA. Tú qué piensas? vuelvo á preguntarte.

AGUSTIN. Que nunca debe perderse.

DOROTEA. Verdad que no?

AGUSTIN. Sin embargo, Rafael ya no la tiene. Tres dias há que la busca y no la encuentra, y yo sé que no la buscará más.

DOROTEA. Su madre la buscará por él. Si no ¿para qué están las madres? (Pensativa.) Una madre debe sacrificarlo todo por aquel ser que con su propio ser estuvo confundido. Es obligacion sagrada: mas aun, necesidad imperiosa de su naturaleza: más todavía, placer supremo á que

ningun otro placer llega ni áun se aproxima. No es cierto? Responde. Hay algo que no deba sacrificar por la dicha de Rafael? Te digo que respondas.

AGUSTIN. Dorotea... (Algo confuso.)

DOROTEA. Tú me conoces desde niña: has sido más que mi amigo, mi hermano; á veces, mi segundo padre. Si en mi corazon fijas tu mirada, en él lees con más claridad que yo misma: que no siempre sabe una lo que pasa en aquel centro misterioso. No hay tristeza, ni dolor, ni miseria de esta pobre mujer, que no haya encontrado dulce y cariñoso eco en tu alma.

AGUSTIN. Sí... mi pobre hija, bien dices.

DOROTEA. Mi padre es muy bueno: ha sido para mí en la tierra el amor de Dios que crea; pero tambien su severa justicia que castiga, y alguna vez su augusta cólera que hiere. Pero tú has sido su misericordia divina: el consuelo y el perdon.

AGUSTIN. Vamos... no digas esas cosas. Yo soy como soy: un pobre diablo que siempre te ha querido mucho.

DOROTEA. Pues aconséjame.

AGUSTIN. Sobre qué?

DOROTEA. Sobre el modo de salvar á Rafael de la desesperacion.

AGUSTIN. Pero ¿qué he de aconsejarte? Qué quieres que te diga?

DOROTEA. Lo que pienses sobre la pregunta que ántes te hice.

AGUSTIN. Cuál?

DOROTEA. Esta: óyela bien: hay algo que yo no deba sacrificar por Rafael?

AGUSTIN. Esa pregunta... es tan vaga...

DOROTEA. Agustin!...

AGUSTIN. Mi pobre amiga, la edad debilita la inteligencia; soy muy torpe, confieso que soy muy torpe: no te comprendo.

DOROTEA. Que la edad debilita la inteligencia! Y la memoria?

AGUSTIN. Creo que no.

DOROTEA. Pues entónces compréndeme, recuerda al ménos.

AGUSTIN. No puedo... no sé .. Te digo que no sé lo que quieres decirme...

DOROTEA. Pues aguarda un instante. (*Se dirige á una mesa y saca de un cajon dos cartas.*)

AGUSTIN. Qué buscas, Dorotea?

DOROTEA. Lee estas dos cartas. Primero esta. La recuerdas?

AGUSTIN. (*Cogiendo una de las cartas, mirándola un momento y devolviéndola.*) Sí, la recuerdo bien: para qué leerla? La que Cláudio te escribió desde Méjico á la hora de su muerte. El volcan al extinguirse arrojó tan viva llamarada, que á no conocer lo negro de su cráter, creyérase que era luz que venía de allá arriba. Toma, toma, Dorotea.

DOROTEA. Pues lee esta otra.

AGUSTIN. Ah! la de Jaime. Desdichado! Tambien la recuerdo.

DOROTEA. Y ahora contéstame á la pregunta que ántes te hice por dos veces. Porque mi angustia es inmensa: porque voy á perder á mi hijo, y no quiero perderlo: porque tengo aquí (*Golpeándose la frente.*) una idea, que no nació aquí, no; que subió á mi frente entre vapor de lágrimas desde mi corazon. Por última vez, dime: hay algo que yo no deba sacrificar por Rafael?

AGUSTIN. No lo sé: no me preguntes eso.

DOROTEA. Pero tú ¿qué harías?

AGUSTIN. Yo?

DOROTEA. Sí.

AGUSTIN. Yo soy un loco, un visionario: siempre lo fuí. Yo haría de fijo algun disparate.

DOROTEA. Y tú imaginas que cuando una madre ve que le arrancan la felicidad, la vida de su hijo, conserva sana su razon?

AGUSTIN. Dorotea!

DOROTEA. Agustin!

AGUSTIN Tu padre.

## ESCENA II.

DOROTEA, AGUSTIN, D. ESTÉBAN *por la derecha, segundo término. D. Estéban viene triste y casi lloroso y se deja caer en una butaca.*

DOROTEA. (*Acercándose á él.*) Qué tienes, padre?

ESTEBAN. Nada.

DOROTEA. En tus ojos hay mal contenidas lágrimas. Alguna nueva desdicha?...

ESTEBAN. Por qué ha de se nueva? No tenemos bastante con la antigua? Ó crees que soy insensible? que no quiero á Rafael? que no te quiero á tí?

DOROTEA. Padre!

ESTEBAN. Pobre hijo mio!

AGUSTIN. Le has visto hoy!

ESTEBAN. De su cuarto vengo.

AGUSTIN. Tres dias hace que no sale de allá: entré á verle esta mañana y no conseguí de él más que algun que otro monosílabo.

ESTEBAN. Pues á mí, de sobra me habló!

DOROTEA. De Amparo?

ESTEBAN. No. En ella piensa, pero de ello no habla.

DOROTEA. Pues entónces...

ESTEBAN. Conversamos de otras muchas cosas. Diablo de chico, que carácter! Bien se conoce que es sangre mia!

DOROTEA. Que conversásteis mucho? Pero ¿sobre qué?

ESTEBAN. Ps!... sobre política... sobre grandes planes... sobre el porvenir de nuestra España... ¿qué sé yo?...Sueños de la juventud... pero hermosos sueños.

DOROTEA. De todo eso trató Rafael, y no te habló de Amparo?

AGUSTIN. (Ap.) (Lo que yo temía: si yo lo adiviné.)

ESTEBAN. De todo eso y de Amparo ni una palabra.

DOROTEA. Tú comprendes? (Á Agustin.)

AGUSTIN. Ni media!

DOROTEA. Y tú? (Á su padre.)

ESTEBAN. Yo? Ojalá no comprendiese.

DOROTEA. Por Dios, padre mio, no te goces en mi tormento. Explícate con claridad.

ESTEBAN. No te repito que habló con sumo interés de la *cosa pública*, como ahora se dice? Que se enteró minuciosamente de todos los pormenores de esa expedicion que á la costa africana va á conducir el general O'donnell para vengar ultrajes inferidos á nuestra bandera?

Pues qué más quieres que te diga?

DOROTEA. Ah! Dios mio! Sí: con eso basta. Cruel! (Vacila y Agustin la sostiene. Estéban sigue sentado y pensativo.)

ESTEBAN. Oh! Rafael siempre tuvo gran aficion á los estudios serios y á los grandes hechos. Y es natural que al sentirse herido en sus afectos, busque refugio en las altas regiones de la inteligencia.

DOROTEA. No es eso. Ese será el pretexto, pero no es la verdad.

ESTEBAN. Pues qué ha de ser?

DOROTEA. Tú lo sabes; yo lo presiento; y él va á decírmelo. (Se acerca á la derecha, segundo término.) Rafael!... Rafael!... hijo mio!...

ESTEBAN. Pobre hija! parece que las desdichas no tienen fin para ella!

DOROTEA. Rafael!... Rafael!

## ESCENA III.

DOROTEA, ESTÉBAN, AGUSTIN, RAFAEL.

RAFAEL. ¿Me llamabas, madre mia?

DOROTEA. Qué había de hacer, si no me llamabas tú?

RAFAEL. Y para qué llamarte!

DOROTEA. No tienes penas? Pues si las tienes, ¿cómo me lo preguntas!

RAFAEL. Para aumentar las tuyas acaso?

DOROTEA. No: para dividirlas conmigo, que es derecho que reclamo. Hace tres dias que llevas la muerte en el alma; y no te quejas, y no lloras, y no me buscas. Por qué no me buscas? Por qué huyes de mí? Cuáles son tus pensamientos que temes que yo los lea en tus ojos? Lo que has dicho á tu padre ¿por qué no has de repetírmelo á mí?

RAFAEL. Lo sabe ya? (Á su padre.)

ESTEBAN. Si lo sabe es que lo ha adivinado: yo nada he dicho.

DOROTEA. Rafael, ¿qué es lo que yo he adivinado y lo que mi padre no quiso decirme?

AGUSTIN. Dorotea... cálmate...

DOROTEA. No: que hable: quiero que hable. Quiero ver si tiene corazon para decírmelo.

RAFAEL. Madre mia... se trata del cumplimiento de un deber.

DOROTEA. Sigue.

RAFAEL. La vida me es ya inútil. Para tí lo es tambien.

DOROTEA. Ingrato!

RAFAEL. Pero no lo es para la madre comun: y á la patria, que hoy la reclama, voy á dársela.

DOROTEA. Dónde?

RAFAEL. Allá...

DOROTEA. Luego era cierto?

RAFAEL. Lo era: valor, madre mia.

DOROTEA. Y piensas ir?

RAFAEL. De voluntario con los tercios catalanes. Al fin habías de saberlo.

DOROTEA. Tú?

RAFAEL. Á morir! que no moriré, no temas. Á olvidar! que tampoco olvidaré. Á ponerme en todo caso en las manos de Dios.

DOROTEA. Para estar en ellas no necesitas ir tan léjos, cruel!

RAFAEL. Si tan léjos voy es quizá que *Él* me llama.

DOROTEA. Pues no irás.

RAFAEL. Prefieres que muera aquí miserable y cobardemente? Prefieres que enloquezca? Si me quedo, mi sangre quizá sea una mancha: si voy, tal vez sea página de gloria?

DOROTEA. Y cuando piensas en esas glorias, ¿no piensas en *ella*, no piensas en mi?

RAFAEL. Que no pienso en Amparo!... Que no pienso en tí!

DOROTEA. Si hubieras pensado en mí, hubieras venido á buscarme.

RAFAEL. Á qué?

DOROTEA. Á reclamar el cumplimiento de mi promesa. (Con intencion.)

RAFAEL. Tu promesa?

DOROTEA. Sí.

RAFAEL. Cuál?

DOROTEA. La de abrirte caminos de esperanza.

RAFAEL. Qué dices, madre? No me engañas?

ESTEBAN. Dorotea, ¿á qué prometes lo que no has de cumplir?

AGUSTIN. (En voz baja.) (Piénsalo bien.)

DOROTEA. Pensar? Quereis que piense? No puedo. Agustin, padre mio, para casos como este, en que el pensamiento es imposible, están las inspiraciones del corazon. Vete. (Á Rafael.) Tú tambien. (Á Agustin.) (No te separes de Rafael ni un instante.) (Á este en voz baja.) Dejadme, dejadme sola con mi padre.

RAFAEL. Para qué?

DOROTEA. Para salvarte.

AGUSTIN. (Para perderte.) (En voz baja á Dorotea.)

DOROTEA. Y qué importa? Yo os lo suplico... si es preciso, os lo mando.

RAFAEL. Bien... te obedezco... (Á Agustin.) Para salvarme ha dicho.

AGUSTIN. Delirios de su amor!

RAFAEL. Y por qué han de ser delirios!

DOROTEA. Rafael... (Como suplicando que la deje.)

RAFAEL. Pues adios... adios... (Á Agustin.) Promete salvarme!... Lo promete! Oh! ella no sabe mentir... Ven... ven pronto... dejémosla que cumpla su promesa. (Salen por la derecha, segundo término, Rafael y Agustin.)

## ESCENA IV.

DOROTEA, D. ESTÉBAN.

ESTEBAN. No te comprendo, Dorotea.

DOROTEA. Mejor es así.

ESTEBAN. Pretendes engañar á Rafael?

DOROTEA. Engañar? No. No pronuncies esa palabra. Yo no quiero engañar á nadie, padre mio; á nadie.

ESTEBAN. Pues qué intentas?

DOROTEA. Salvar á mi hijo; no más.

ESTEBAN. Por qué medio? Hay alguno?

DOROTEA. Tal vez.

ESTEBAN. Dilo.

DOROTEA. No me atrevo.

ESTEBAN. Puedes vencer con tus lágrimas y tus súplicas la tenacidad y el enconado rencor de Beatriz?

DOROTEA. No.

ESTEBAN. Puedes concebir siquiera el criminal intento de sustraer á la hija de la sagrada potestad de la madre?

DOROTEA. Tampoco.

ESTEBAN. Puedes borrar lo pasado?

DOROTEA. Ah! si pudiera!

ESTEBAN. Pues entónces, ¿qué te resta sino llorar conmigo y pedir al cielo por Rafael?

DOROTEA. Me resta... me resta, tener valor, padre mio, para abrazarme á tí: para apretarme contra tu pecho; para regar con mis lágrimas tus canas; para hablarte al oido en voz baja, tan baja, que no me oiga tu enojo, que me oigan sólo tu cariño y tu piedad. (Ejecutando todo lo que dice.)

ESTEBAN. Dorotea... no te comprendo. Tú desvarías. Mi enojo dices? Enojado contigo? Mira que soy un pobre anciano, que mi cabeza está débil, y que las ideas andan por ella confusas y revueltas.

DOROTEA. Más vale así, para que no comprendas por completo lo que voy á decirte. Y sin embargo, es preciso que lo comprendas, porque tú tienes que aconsejarme.

ESTEBAN. Aconsejarte? Sobre qué?

DOROTEA. Sobre un medio que yo tengo, para que Rafael no vaya á esa expedicion de muerte; para que ceda Beatriz; para que Amparo se llame suya; para que sea dichoso.

ESTEBAN. Tú tienes ese medio!

DOROTEA. Sí.

ESTEBAN. Y ¿cuál es?

DOROTEA. Algunas frases escritas por un moribundo: otras escritas por un desdichado. No más.

ESTEBAN. Y esas frases de tan extraña virtud ¿dónde encontrarlas?

DOROTEA. Aquí las tengo. (Mostrando las cartas que ántes sacó.)

ESTEBAN. En esos papeles?

DOROTEA. Sí.

ESTEBAN. Y qué son?

DOROTEA. Dos cartas.

ESTEBAN. Pues lee.

DOROTEA. Ay! que me faltan las fuerzas!... Pero es preciso. Esta carta...

ESTEBAN. Sí.

DOROTEA. Es de Cláudio.

ESTEBAN. De tu esposo?

DOROTEA. La escribió en su lecho de muerte.

ESTEBAN. Y qué dice?

DOROTEA. (Despues de vacilar.) Oye. (Leyendo.) «Dorotea, voy á mo- »rir. Fué torbellino tan rápido mi vida, que nunca tu- »ve tiempo para pensar si te amaba. Creo que algo pa- »recido al amor pasó como relámpago por mí, al verte »por vez primera. Pero esto poco importa ya!... está »tan léjos!... hay tantas sombras!... y ya por mis ojos »se extienden nieblas tan espesas!...»

ESTEBAN. Ah, Cláudio, Cláudio!

DOROTEA (Sigue leyendo.) «Yo te perdono.»

ESTEBAN. Bien haces; hija mia: perdónale.

DOROTEA. No soy yo quien lo dice; lo dice él.

ESTEBAN. Él?

DOROTEA. Sí: en esta carta.

ESTEBAN. Y por qué ha de perdonarte?

DOROTEA. Eso se pregunta á sí mismo despues.

ESTEBAN. Á ver... sigue...

DOROTEA. (Leyendo.) «Yo te perdono: y en verdad que no sé si »deba darte mi perdon ó deba pedirte el tuyo.»

ESTEBAN. Ah!... al fin!... Eso... eso... pedirlo.

DOROTEA. (Leyendo.) «Yo rompí sin escrúpulo el lazo que nos »unía, y tú bravamente te aprovechaste de la libertad »á que yo mismo te invitaba. Qué derecho tengo para »quejarme?»

ESTEBAN. Lee más alto: más alto. No he oido lo último. Por qué bajas la voz?

DOROTEA. No puedo!

ESTEBAN. Acaba. Para no acabar, no haber empezado.

DOROTEA. (Leyendo.) «No temas que haga hoy lo que no hice en-»tónces. No te llamaré infame... ni perjura...»

ESTEBAN. No te oigo! (Acercándose á ella y aplicando el oido.)

DOROTEA. (Leyendo.) «Ni diré que me has deshonrado. Deshon-»rarme! Tarea es esta que jamás confié á nadie... Me »bastaba yo solo.»

ESTEBAN. Pero ¿de qué deshonra habla ese hombre? (Cogiéndola por un brazo.)

DOROTEA. De la suya.

ESTEBAN. Ah!... en eso bien dice... Pero... Dios me perdone... creí que hablaba de otra deshonra. Sigue... sigue...

DOROTEA. (Leyendo.) «Al contrario, tú fuiste noble y leal con-»migo.»

ESTEBAN. Ah!... mi buena Dorotea!... hija de mi alma! .. al fin lo confiesa!... Ves cómo él mismo lo confiesa! Santa virtud! Todos se humillan ante tí: si ántes no, al ménos á la hora de la muerte! Levanta ese rostro con orgullo: pálida estás, pero tu palidez será la del martirio, no la de la culpa.

DOROTEA. Ay, padre mio!... (Cae sin fuerzas en el sofá; D. Estéban la sostiene.)

ESTEBAN. Sigue: acaba: él lo ha dicho: tú fuiste noble y leal: claro; ¿cómo no habías de serlo?

DOROTEA. Sí, quiero acabar. Oye. «Tú fuiste noble y leal con-»migo. ¿Te acuerdas? Aquel dia en que un capricho de »la suerte me acercó á tí, tú me rechazaste con fie-»reza. *Mátame si quieres, dijiste.* Para quien no hu-»biese sido yo, motivo había: amabas á otro hombre!»

ESTEBAN. Qué?... cómo?... Repítelo!... Imposible!. . «Mátame...» dice que dijiste. Y qué más? «Mátame...» por qué?... por qué?

DOROTEA. Porque amaba á otro hombre, dice la carta.

ESTEBAN. Tú?... mi Dorotea?... mi hija?... Ese hombre estaba loco... No hables tú, no: calla... quiero saberlo todo: todo: todo de una vez: concluye... concluye esa infame carta.

DOROTEA. (Leyendo.) «Adios: no sé por qué me acuerdo del pri»mer beso que te dí. Quisiera enviarte otro. Empaña»do con hálito de agonía va este. ¡Pero en fin, si no por »amor, por ser el último, acéptalo. Adios, Dorotea.»

ESTEBAN. No más? No dice más?

DOROTEA. Sí.

ESTEBAN. Pues lee lo que falta.

DOROTEA. (Leyendo.) «Ah! olvidaba lo más importante; y es que »estoy ya tan cerca de las regiones del eterno olvido!.. »Á tu Rafael le cedo *mi nombre ya que no puede lle»var otro*; y no me agradezcais la herencia, que tal ha »de recibirla, y en tal estado la dejo, que como con»sienta en pasar por hijo de Cláudio Mendoza, más »prueba dará de valor que yo de generosidad.»

ESTEBAN. Pero eso no es verdad! mira que esas palabras me abrasan la piel como hierro candente!

DOROTEA. Esas palabras... contienen en sí la historia de mi deshonra.

ESTEBAN. De modo que Rafael?... (Cogiéndola con furor.) Rafael?... acaba!...

DOROTEA. No es hijo de Cláudio!

ESTEBAN. Miserable!

DOROTEA. Sí... yo soy miserable... pero Rafael puede ser felíz.

ESTEBAN. Á precio de tu deshonra!

DOROTEA. No puede haberla mayor que la que me impusiste al darme á Cláudio por esposo. (Pausa.)

ESTEBAN. Razon tienes: por aquello merezco castigo. Y dí, ¿este te parece poco? Pero ¿y tú... no lo mereces?... De rodillas!... de rodillas, infame, has de esperar á que yo dé con el tuyo!

DOROTEA. Padre!... sea el que fuere yo lo aceptaré por justo!

RAFAEL. (Desde dentro.) Agustin... Agustin...

DOROTEA. Él se acerca: delante de él no.

ESTEBAN. Es preciso!

DOROTEA. (Levantándose.) Quieres matarme de vergüenza!... Que no!... Que no!... Para eso no tienes derecho.

## ESCENA V.

DOROTEA, D. ESTÉBAN, AGUSTIN, los dos últimos por la derecha.

Dorotea sale al encuentro de Rafael y de Agustin: D. Estéban cae en una butaca y oculta el rostro entre las manos; se le oye alguna vez sollozar.

DOROTEA. Qué me quereis? Qué buscais?

AGUSTIN. Rafael ha recibido una carta de Amparo.

DOROTEA. Ah!

AGUSTIN. La pobre niña, loca de angustia, sumergida en un mar de confusiones, no tomando consejo más que de su amor, y dejándose llevar de su carácter impetuoso, sin contar con su madre viene hoy mismo á verte y á hablar contigo. (Á Dorotea.)

DOROTEA. Es preciso evitarlo: todavía no debe venir: ni debe venir nunca sin que su madre lo consienta.

RAFAEL. Su madre jamás lo consentirá. Esa rebeldía del amor de Amparo...

DOROTEA. Esas rebeldías de los hijos se pagan cruelmente. Escribe á Beatriz (Á Agustin.) ó vé tú mismo y habla con ella. Que Amparo aguarde: que obedezca!

AGUSTIN. No temas: si áun es tiempo yo procuraré contener ese arranque de niña voluntariosa. (Sale por la derecha.)

## ESCENA VI.

DOROTEA, RAFAEL, D. ESTÉBAN.

Dorotea, Rafael, siempre en pié: D. Estéban siempre sentado y ocultando el rostro.

RAFAEL. Eres muy cruel, madre: no quieres que la vea por la última vez.

DOROTEA. Soy muy cruel: es cierto. Los padres son siempre muy crueles. Pregúntaselo si no al mio.

ESTEBAN. (Levantando la cabeza.) Y los hijos muy piadosos: tu madre lo sabe bien.

RAFAEL. Por qué me hablabas ántes de no sé qué esperanzas que yo creía imposibles? Espera, espera, me decías.

DOROTEA. Y áun repito esa palabra. Espera.

RAFAEL. Á qué?

DOROTEA. Á que yo hable con Beatriz.

RAFAEL. Oh! ilusion de las ilusiones! No cederá.

DOROTEA. Yo sé que sí. De tal modo suplicaré, le diré tales cosas, le daré tales pruebas...

ESTEBAN. (Levantándose, viniendo á donde está Dorotea y hablando en voz baja.) Á ella? Á Beatriz? (Llevándola á un lado para separarla de Rafael.)

DOROTEA. Sí.

ESTEBAN. Y con qué derecho vas á entregar nuestra vergüenza y tu deshonra á otra familia?

DOROTEA. (Señalando á Rafael.) Con el que me da el amor que le tengo.

ESTEBAN. Ni el amor da derechos, ni la liviandad los crea, ni los hay en la culpa.

DOROTEA. Pues si no los hay, ni yo los tengo, sin ellos le salvaré.

ESTEBAN Si él lo supiera ¿querría que le salvases á tal precio?

DOROTEA. Sí: yo sé que sí.

ESTEBAN. No eres tú quien ha de decidirlo.

DOROTEA. Pues quién?

ESTEBAN. Él. (Señalando á Rafael.)

DOROTEA. Padre, más bajo, más bajo.

ESTEBAN. Más alto te decía yo ántes.

RAFAEL. Adios, madre. Adios, padre mio.

ESTEBAN. Aguarda: no te vayas: un momento.

DOROTEA. (Qué pretendes?) (En voz baja.)

ESTEBAN. Tu madre tiene algo que decirte.

DOROTEA. No: no es cierto: no lo creas.

ESTEBAN. Habla. (Á Dorotea.)

DOROTEA. Que no. Vete: nada tengo que decirte ahora.

ESTEBAN. (Siempre en voz baja.) Crees tú que es más dolorosa vergüenza confesar deshonras á un hijo, que la de oirlas un padre? Tú lo crees? Yo no lo sé y quiero averiguarlo. Probemos. Probé la primera, venga la segun-

da: ya compararé despues.

DOROTEA. Te digo que no.

ESTEBAN. Me desobedeces?

DOROTEA. Sí; en eso sí.

ESTEBAN. Pero si es tu castigo: si no tienes derecho á otro. Dile la verdad: confiésaselo todo: pero á él solamente y que él escoja entre las dos deshonras! Si las dos son suyas, porque tú se las diste, ¿con qué derecho escojes tú por él?

DOROTEA. No más! basta!

ESTEBAN. (En voz alta.) Ven aquí, Rafael; más cerca: más. Oye lo que tu madre va á decirte. Tú aquí. (Poniéndole á su lado.) Y aquí tú. (Á Dorotea, colocándola al otro lado.) Y entre los dos yo. Mira bien á tu madre; mírale bien, Dorotea. Y despues miradme á mí. Y ahora habla! (Á su hija.) Habla, vive Dios!... No hagas caso de estas canas y habla.

DOROTEA. Padre! (Abrazándose á él.)

ESTEBAN. No hables!... no quiero oirte!... Déjame... no quiero verte!... Ella!... mi hija, mi Dorotea!... No me toques!... (Rechazándola.) Tú, sí, Rafael! Pobre hijo mio! Porque tú eres mi sangre, mi propia sangre! Contigo no estoy enojado... contigo no... (Mientras pronuncia estas palabras se aleja apoyado en Rafael.) Adios... adios... sé feliz... Quién puede negarte este derecho?... Adios... Rafael... Adios.

## ESCENA VII.

DOROTEA, RAFAEL.

RAFAEL. En la negra noche de mi cerebro cruzan fantasmas, que ¡parece imposible! y sin embargo, muéstranse más sombríos que ella misma. No os comprendo; pero antójaseme que además de mi desdicha hay otra. Cuál es?

DOROTEA. No puedo revelártela.

RAFAEL. Es un secreto?

DOROTEA. Sí.

RAFAEL. Y ese secreto es otra desventura?

DOROTEA. Lo es.

RAFAEL. Y tiene relacion con la mia?

DOROTEA. Todas las desventuras son hermanas, hijas malditas de una misma madre: la culpa.

RAFAEL. Pero mayor que mi desventura no será.

DOROTEA. Pensándolo conmigo misma estoy para resolverme.

RAFAEL. Pues yo te aseguro que no es mayor. Ah! madre, tres dias há que estoy revolviendo y analizando sin descanso y sin tregua la misma idea: juzga si la conoceré ya á fondo. Unas veces con la inspiracion de la fiebre, otras con la fria impasibilidad del que nada espera, he visto flotar ante mí, á merced del frio vientecillo de la muerte, los desprendidos girones de cuanta ilusion acariciaba mi espíritu. De dia, si en estos tres dias hubo alguno; de noche, si no fueron noche todos ellos, siempre una voz que era mia, pero no como mia, sino como eco dolorido de otra voz, ha repetido terca y monótona: «Amparo no puede ser tuya: tu padre dió »muerte á su padre, pero miserablemente, vilmente. »no por arranque caballeresco que en sí lleve su excusa »y quizá su perdon, sino por algo infame, horrible, »que no puede decirse, ni pensarse, sin que manche »los lábios ó la frente.»

DOROTEA. Rafael, desecha de tí, espanta de tu imaginacion esos pensamientos.

RAFAEL. Ellos son los que me espantan á mí. Porque ya ves que de una lo he perdido todo: he perdido á Amparo, he perdido á mi padre. Amparo! que era el porvenir, la esperanza, la vida. Mi padre! cuyo nombre era para mí el culto de lo pasado, el respeto á todo lo noble, el símbolo del deber. Así me lo había yo forjado en la imaginacion, ¡seré imbécil! Y por qué me lo figuraba de este modo? No lo sé: fué sin motivo, sin datos, sin otra razon que la de ser mi padre: como todo el mundo pensará que es el suyo. Pues no es así: mi ídolo era barro. No era barro, áun peor; lodo. No, más todavía; cieno!

Dime tú si esa desventura que me ocultas puede ser mayor que esta, y si no son ridículos tus temores y tus escrúpulos.

DOROTEA. No: no puede serlo.

RAFAEL. Y al fin, si en esto de hijos y de padres se tratara de algo que en artificios, ó si se quiere en necesidades de la vida social se fundase; si fuera algo con lo cual pudiera romperse; si para no serlo bastára decir: «sombra de aquel hombre, yo no quiero ser tu hijo...» oh! ménos malo. Pero no: mi padre es mi padre, no por ley humana, sino por ley divina: mi sangre es su sangre, porque la puso en mí: mi pensamiento trae las sombras y los destellos del suyo. Quién sabe, si porque él era infame, no digo yo estas infamias?

DOROTEA. Rafael!

RAFAEL. Estas digo y otras pienso. No soy hijo de mi padre? Pues por qué he de consentir yo que me arranquen á Amparo! Lo hubiera consentido él? No. Pues por qué he de ser yo mejor que él? Sea yo tan infame como infame fué, y cuando seamos iguales le amaré como ántes le amaba!

DOROTEA. Pára el pensamiento. Yo sé ya lo que me cumple hacer.

RAFAEL. Dejarme ir á donde el deber me llama. Dejarme morir como hombre honrado. No empeñarte por conservarme una vida que desprecio, en que me convierta en un miserable.

DOROTEA. Devolverte la fé que has perdido; darte la dicha que mereces; decirte la verdad: ese es mi deber.

RAFAEL. Todo eso? Tú?

DOROTEA. Sí.

RAFAEL. Pues habla.

DOROTEA. Pues oye.

## ESCENA VIII.

DOROTEA, RAFAEL, AMPARO por el fondo.

AMPARO. Rafael!

DOROTEA. Amparo!
RAFAEL. Amparo!
DOROTEA Delante de ella no.
AMPARO. Madre!
DOROTEA. Déjame! (Rechazándola.) Vais á ser felices. Qué más quereis? Qué os importa de mí? Todos felices ménos yo. Es justo.
AMPARO. Madre! ...
RAFAEL. Madre !
DOROTEA. (Ap.) (Qué soy para él? Nada. Para él, qué es ella? Todo Qué es él para mí? Mi hijo. Por qué dudo?) (En voz alta.) Espera... espera... ahora sí que puedes esperar. (Sale por la derecha.)

## ESCENA IX.

AMPARO, RAFAEL.

AMPARO. Primero que todo, una palabra, una sola! Me amas como me amabas ántes? Dí.
RAFAEL. Como ántes! más que nunca! por siempre!
AMPARO. Júramelo.
RAFAEL. Te lo juro.
AMPARO. Por tu alma! por tu salvacion! por la mia! por la eterna gloria de tu padre!
RAFAEL. De mi padre!
AMPARO. Vacilas?... Ah!... Dios mio!
RAFAEL. No: te equivocas. Te lo juro por todo eso que dices. Y amontona más juramentos y volveré á jurar. Y ponme en la presencia de Dios, y maldito de él sea yo, si no juro.
AMPARO. Ah! Rafael, y qué ligero siento el corazon y qué horrible peso traía. Qué me importa lo que venga si tu amor es mio? Ya puedo hablar de todo: ya puedo preguntarte sobre todas esas cosas extrañas, incomprensibles que han sucedido. Verdad, verdad que me amas?
RAFAEL. Amparo! Amparo mia!
AMPARO. Sí: tuya: tuya. así has de decirlo. Pero dime: tú sabes

por qué mi madre me tiene, hace tres dias, encerrada en casa como criminal ó como demente? Es acaso que me he vuelto loca de amor y no lo conozco?

RAFAEL. No: no es eso, Amparo!

AMPARO. Tú sabes por qué cuando le hablo de nuestra boda no me contesta: por qué cuando te nombro me rechaza con horror?

RAFAEL. Sí.

AMPARO. Y tú sabes por qué no ha ido á verme y á consolarme tu madre, que tan buena es, y que tanto me quería: por qué cuando entré huyó de mí?

RAFAEL. Sí: tambien lo sé.

AMPARO. Y tú sabes... ¡Esto sí que debes saberlo, y esto es lo que yo no alcanzo á comprender!... Tú sabes, por qué mi Rafael, mi esposo ante Dios, me ha abandonado? ¿Por qué, hace tres dias que no le veo, ni le oigo... como si la muerte nos separase?... ¡Ah! ingrato! cruel!... la muerte no me separaría á mí! Que el espíritu dicen que tiene alas, y si tiene alas, yo me escaparía del cielo para venir á buscarte.

RAFAEL. ¡Cuánto te amo! Mira si te amaré que no sé qué decirte más que esto: te amo!

AMPARO. Puedes explicarme el misterio que nos rodea.

RAFAEL. No puedo.

AMPARO. Mira que sufro mucho.

RAFAEL. Tú crees sufrir mucho! Tú imaginas que de los dos eres la más desgraciada!

AMPARO. Sí.

RAFAEL. Desgraciada! Sí: desgraciada, digo yo! ¿Qué sabes tú lo que es padecer, lo que es llorar! lo que es morir sin la calma de la muerte y con todos los dolores de la vida? Mira: yo te amo, con la misma infinita dulzura con que ántes te amé; con esa anticipada é inefable ánsia con que se espera la dicha que va á poseerse; y al mismo tiempo, con toda la rabiosa desesperacion con que se aferra el alma á la dicha que para siempre se pierde! Porque yo te pierdo!

AMPARO. Rafael!

RAFAEL. No lo sabías? Pues ven á mí: ven á mis brazos, y en ellos óyelo. Te pierdo y me pierdes. Mi madre dice que no; pero es para engañarme. Nuestros corazones que ahora confunden sus latidos van á separarse para siempre.

AMPARO. No es verdad. Tú quieres atormentarme.

RAFAEL. Ah! no me crees! Pues tu madre va á venir: ya le avisaron, y te arrancará de aquí: y te guardará mejor que ántes: y no me verás: y dudarás de mí! No lo niegues; confiésalo: confiesa que ya dudabas, que dudas de tu Rafael.

AMPARO. Pues es cierto: dudo: sí, dudo. Dicen que la pupila de don Estéban va á venir. Ella viene y nos separan! Es extraño!... muy extraño! Esto ¿se relacionará de algun modo con lo que sucede?

RAFAEL. No; pero tú lo crees.

AMPARO. Extraña facilidad la tuya de adivinar pensamientos!

RAFAEL. Y más extraña la tuya de forjártelos falsos!

AMPARO. Falsos! Dime que lo son.

RAFAEL. Para qué, si no has de creerme?

AMPARO. Pues dime la verdad, y te creeré.

RAFAEL. Y si me aborreces, Amparo?

AMPARO. Más que cuando dudo de tí no puedo aborrecerte!

RAFAEL. Pues escucha: suceda lo que quiera, no dudes de mí: aunque veas mis traiciones claras como la luz del dia, *cree en mi amor*; aunque yo mismo te diga que no te amo, *cree en mi amor*: aunque yo te diera muerte y te sintieses morir entre mis brazos, aun entónces *cree en mi amor*! Amparo, todos mienten, tu madre, la mia, la fatalidad que nos separa, yo, yo tambien! todos, si osan negar que eres mi único bien, mi sola esperanza, mi esposa ante Dios!

# ESCENA X.

AMPARO, RAFAEL, BEATRIZ.

Esta aparece en el fondo con Agustin: indica á éste que se retire, y en efecto desaparece sin penetrar en la habitacion. Al pronunciar las últimas frases Rafael, avanza al proscenio.

AMPARO. Rafael!

BEATRIZ. Amparo!

AMPARO. Madre!

BEATRIZ. Tu esposa ante Dios! (Á Rafael.) No sé si lo será, que yo no puedo penetrar sus altos designios; pero ante los hombres, ante mí... ¡ah Rafael!... ¡ah, hija mia, no lo espereis!

AMPARO. Por qué?

BEATRIZ. Amparo!... (Conteniéndose.) Por qué? Porque tal es mi voluntad, y tu obediencia no ha menester otra razon.

AMPARO. No basta, madre!... (Arrepintiéndose de lo que ha dicho, corriendo al encuentro de su madre y abrazándola.) Madre! madre mia! perdóname: no te enojes conmigo por lo que te he dicho!... Ni por lo que voy á decirte... Mira, te lo voy á decir en voz baja para que no me oiga. Pero es preciso que te lo diga... Yo le amo, le amo y por nada de este mundo puedo dejar de amarle.

BEATRIZ. (En voz alta.) Amarle!... Amarle!... desdichada!... Pues yo te digo que no debes amarle... y que á ser posible, ántes debieras aborrecerle!

AMPARO. Aborrecerle? Por qué?... Por qué, madre mia?

BEATRIZ. Pregúntaselo á él. Lo sabe como yo. Por qué no te lo dice?

AMPARO. Lo estás oyendo, Rafael? Habla: contesta.

RAFAEL. No puedo.

BEATRIZ. Lo ves? No puede. No se atreve.

AMPARO. Defiéndete, Rafael!

RAFAEL. No puedo: si digo que no puedo.

AMPARO. Entónces mi madre tiene razon.

RAFAEL. Tú lo dices.

BEATRIZ. Ven: salgamos pronto de esta casa. (Pugnando por llevarse á Amparo, que siempre con la vista fija en Rafael, se resiste á seguir á su madre.)

AMPARO. (Á Rafael.) Y me dejas ir así? Y no pronuncias una sola palabra de consuelo ó de esperanza? Y mortal palidez cubre tu frente! Y humillas la cabeza como reo!

BEATRIZ. Vamos, Amparo.

AMPARO. Mira que nos separan por siempre! (Volviéndose á su madre.) No es por siempre, madre?

BEATRIZ. Sí.

AMPARO. Y esto oyes, y no cubres esa puerta con tu cuerpo? Y no cierras mi camino con tus brazos? Rafael! Rafael!

RAFAEL. Amparo, te empeñas en volverme loco, y vas á conseguirlo. Has de dudar de todo ménos de mi amor! Quieres saber la verdad, no es eso?

AMPARO. Sí.

RAFAEL. Pues vas á saberla, y aborréceme; pero no dudes!

## ESCENA XI.

AMPARO, BEATRIZ, RAFAEL, DOROTEA por la derecha en traje de calle y con unos papeles en la mano. Avanza hácia su hijo y le contiene.

DOROTEA. No: espera. (Á Rafael.) Un instante: solo un instante: será el último. (Á Beatriz. Todos los actores quedan en primer término en el órden siguiente de izquierda á derecha: Rafael, Dorotea, Amparo, Beatriz. Dorotea profundamente conmovida.) Temple usted su enojo, señora. Seca tus lágrimas, niña. Abre tu corazon á la esperanza, Rafael. (Movimiento impaciente en los demás.) Calma, calma: la tengo yo: pues si la tengo yo, ¿por qué no la habeis de tener todos? Ah! señora, es usted víctima de un fatal error. Yo lo probaré, yo lo probaré. (Secando sus lágrimas.) Pues si no vengo á probarlo, ¿á qué vengo? Rafael... Rafael... puede ser el esposo de Amparo; créame usted, Beatriz... No: no me interrumpais. Toma, hijo mio, toma estas cartas. Una es mia... (Volviéndose á los

demás.) Nada, nada: no tiene importancia: cosas de madre... Las otras dos... las otras dos... ya las verás... Ah! en ellas está escrito tu porvenir. (Á Rafael.)

BEATRIZ. Pero ¿qué relacion puede haber?...

DOROTEA. Ah, señora, no me hostigue usted con su impaciencia! Usted las verá tambien. Él mismo, Rafael, mi hijo, se las mostrará á usted. Cómo no, si son la prueba... esa prueba... de que ántes hablaba?

RAFAEL. Luego era cierto? Luego no me engañaste al prometerme esperanzas? Ah, madre! (Intentando leer las cartas.)

DOROTEA. No: ahora no! Cuando yo no esté aquí! Despues de darte el último abrazo! Amparo, hija mia, oye: como Rafael quiera, podrá ser tu esposo. Ya ves si querrá!

AMPARO. Dios mio! Madre! madre, lo ves! (Queriendo acercarse á Rafael.)

DOROTEA. No te impacientes, niña: no te haga cruel ni egoista la felicidad! Déjame breves instantes... voy á despedirme de él... Hijo mio! (Abrazándole.) Adios! adios! (Al oido casi.) Dime que me quieres mucho! más que á nadie! aunque sea mentira, dímelo! una vez! sólo una vez! Más que á nadie, verdad?

RAFAEL. Sí.

DOROTEA. Ah! no temas: Amparo no te ha oido, y además hemos convenido en que no es verdad; pero yo quería oirlo de tus lábios. Calla calla! no digas más!... Gracias! Adios! Adios! Adios, hijo mio! (Se arranca de sus brazos y huye por el fondo: Rafael se precipita tras ella: al llegar á la puerta le cierra el paso D. Estéban.)

## ESCENA XII.

AMPARO, RAFAEL, BEATRIZ, D. ESTÉBAN.

RAFAEL. Madre!... madre!

ESTEBAN. Á dónde vas?

RAFAEL. Á dónde va ella, padre mio!

ESTEBAN. Espera. Calma. Muy en breve estaré yo á su lado. Aho-

ra, ven. (Le trae al primer término.) Lee esos papeles: ya eres árbitro de tu destino.

RAFAEL. Yo?

ESTEBAN. Sí.

AMPARO. Él? Qué alegría! Si era preciso; si yo he rezado tanto!

BEATRIZ. Terminemos de una vez y sepamos lo que esto significa. Borrar lo que ha sido, es imposible: pretender atenuarlo, es inútil: fingir comedias para hacerlo dudoso, es indigno.

RAFAEL. Ni mi madre es capaz de indignidades, ni hay aquí quien lo suponga, ni usted puede creerlo.

ESTEBAN. Basta: lee.

AMPARO. Sí, Rafael, lee por Dios!

RAFAEL. Pues leeré: bien, leeré: no ficciones de mi madre, sino la verdad que aquí diga. (Leyendo para sí una de las cartas.) «¡Adios, hijo mio; adios para siempre!» Qué? (Á D. Estéban.) Qué dice? Adios para siempre!... Para siempre!... Pero, padre, ¿por qué dice esto?

ESTEBAN. Sigue.

RAFAEL (Leyendo.) «Lee estas dos cartas: de tu voluntad depen»de tu dicha. Sé feliz. No pienses en mí, Rafael. Para »tí he muerto. Ya no me verás nunca.» Nunca!... (Á D. Estéban.) Por qué causa!

ESTEBAN. En estas cartas está.

RAFAEL. Á ver... á ver... qué son?... de quién?... qué significan? (Leyendo las firmas.) «Cláudio.» Ah! mi padre. «Jaime...» ¿Quién es Jaime? (Lee una de ellas con profunda ansiedad é interrumpiendo su lectura con exclamaciones.) Mi madre!... No!... Ella!... «Tu Rafael!...» Mentira! (Amparo se acerca, él se separa de ella y tapa las cartas con afan y algo de extravío.) No mires! No mires! Yo solo, solo! Son para mí: no más que para mí! (Sigue leyendo.) Ah! si parece un sueño!... Será verdad!... Yo no soy hijo de aquel hombre!... Y tú te disculpas, madre!... Disculparte!... Bendita seas!!

AMPARO. Lo ves?... lo ves?... La alegría resplandece en sus ojos? Era cierto!

RAFAEL. Amparo!... ven á mis brazos, Amparo!... Venga usted, (Á Beatriz.) usted tambien... (Mostrando los papeles. Beatriz y Amparo se acercan. D. Estéban se aleja y deja caer la cabeza entre las manos.) Y tú tambien, padre! (Conteniéndose al ver su actitud.) Ah! él inclina la cabeza... Mi madre!... mi pobre madre!... Es verdad!... la olvidaba!... Seria una infamia!...

AMPARO. Rafael!

RAFAEL. Vete! déjame, dejadme todos!

AMPARO. Me rechazas á mí?... Á tu Amparo?

RAFAEL. Más que á nadie por que tú eres la tentacion.

AMPARO. Tu madre dijo que esos papeles eran la prueba... (Con timidez, separándose de él y acercándose á su Beatriz.)

RAFAEL. De nuestra desdicha.

BEATRIZ. Y yo, ¿tampoco puedo verlos?

RAFAEL. Con qué derecho!

BEATRIZ. Con ninguno, porque ninguno reclamo. Ven, Amparo.

AMPARO. Espera: no tan aprisa: va á llamarme. (Á su madre.)

BEATRIZ. No.

AMPARO. Sí: yo sé què sí. Aguarda! aguarda!

RAFAEL. Amparo! te acercas á mí, y te rechazo. Nos separan, y no te detengo. Tu voz me llama, y no voy. Pues á pesar de todo... ¡te amo! ¡te amo!...

ESTEBAN. (Acercándose á Rafael y en voz baja.) Has cumplido con tu deber, hijo mio.

RAFAEL. Hasta ahora. Pero mírela usted, padre! Qué hermosa es! con qué amargura llora! cómo me mira! cuánto me ama! Ah! que yo no sé si tendré fuerzas para resistir más! no lo sé! no lo sé, padre mio. (Quedan los personajes divididos en dos grupos. De una parte Amparo sollozando entre los brazos de Beatriz, de otra Rafael y D. Estéban.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Un salon lujoso en la casa que ocupa Rosita: una chimenea encendida á la izquierda: dos puertas á la derecha: la del primer término conduce á las habitaciones de Rosa: la de segundo término, á las que ocupan Dorotea y D. Estéban: á la izquierda, segundo término, un balcon. En el fondo, una puerta. Cerca de la chimenea, una butaca; al otro lado un velador y sillas. Sobre el velador, una luz encendida. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

DOROTEA. En la butaca, cerca de la chimenea, y mostrando gran abatimiento como resultado de las penas y de la enfermedad.

Fria fué, muy fria, la caida de la tarde: fria viene tambien la noche. Las sombras y el frio siempre van juntos. ¿Por qué será esto? (Pausa,) Y Rafael! Dónde estará Rafael? Seis meses sin verle! En quién estará pensando? En ella ó en mí? En ella; sí, en ella de fijo. Por mí harto hace sacrificándose. Pobre hijo mio! Por eso vengo: por eso he querido venir: porque es preciso que ese sacrificio acabe. Con tal que tenga yo fuerzas! El viaje ha concluido con las pocas que me dejó la enfermedad. (Pausa.) Ese fuego no da calor! Aquella luz no da luz! Y qué silencio tan profundo! Bueno... bueno ..

como Dios lo disponga. Es preciso irse ya acostumbrando á todo esto. Pues si no fuera por esto la muerte no sería tan temerosa. (*Nueva pausa.*) Hoy me siento tan débil! Mis pensamientos flotan tan indecisos, tan vagos! Nada de lo que me rodea tiene contornos! Los objetos próximos ¡qué confusos! En cambio para todo lo lejano ¡cuánta claridad! Si parece que viene á mí para que lo vea mejor y para que me despida de ello! (*Se queda unos instantes como viendo algo en el espacio.*) Ah! mi juventud, qué hermosa! Ah! mi boda con aquel hombre, que horrible! Ah! Jaime, Rafael, me parece que os encuentro confundidos en una misma imágen cuando torno la vista á aquellos tiempos! Pero no... si es uno solo; si es Rafael... mi Rafael! Me quería tanto cuando èra niño! Le he velado tantas noches! Una vez, y otra vez, y otra... me acercaba á su camita: yo me acercaba, yo; desnuda porque no tenía paciencia para vestirme, descalza por no hacer ruido: y me inclinaba sobre el pequeñuelo, y aplicaba mi oido á sus lábios; y si oía su respiracion ¡qué angustia! ¿será el anhelar de la calentura? y si no la oía ¡qué angustia tambien! ¿estará muerto? Pobre alma mia, tan débil, tan chiquitina, pendiente por un cabello sobre la nada. Oigamos, oigamos más. Y la noche avanzaba lenta con sus horas negras y vacías; y el silencio, como si tuviese lástima de mí, callaba más y más para dejarme oir mejor; y el frio de la madrugada mordía con sus agudos dientecillos de hielo en mi desnuda carne; pero en mi corazon el calor era tanto que no los sentía. Ahora! ahora es cuando siento frio! y ahora del corazon viene! Yo me muero... y sin ver á Rafael... (*Se encoge tiritando en la butaca.*) Rafael!... Rafael! no verle más! (*Llorando.*)

## ESCENA II.

DOROTEA, D. ESTÉBAN *por la derecha segundo término.*

ESTEBAN. No llores, Dorotea: has llorado mucho: basta ya.

DOROTEA. Sí: ya basta: pronto se secará mi llanto. Pero el que me queda ¿por quién he de verterlo sino por Rafael?

ESTEBAN. Tú lo has querido. Ni por mi mandato fué, ni áun por mi consejo. En tí nació la idea, tu energía la sostuvo, tu voluntad la realizó.

DOROTEA. Pero tú lo aprobaste.

ESTEBAN. Sí: y todavía, á pesar de todo, lo apruebo. Una mujer, por deshonrada y envilecida que esté, con tal que lleve el arrepentimiento en el alma, puede presentarse ante su Dios.

DOROTEA. Es verdad...

ESTEBAN. Yo concedo más todavía: que esa mujer con la mancha de la impureza en la frente arrostre la cólera del esposo ultrajado Si es tan justiciero que mata, acabaron las penas de la vida.

DOROTEA. Sí, padre: razon tienes.

ESTEBAN. Pues todavía comprendo más: y es que esa mujer pecadora se presente ante su padre, y contra el pecho paterno oculte el rostro, y no lo descubra hasta que haya tantas lágrimas en los ojos del pobre padre que no pueda verla; y tantos sollozos en su garganta que no pueda maldecirla; y tanta angustia y tanta ternura en su corazon, que por lleno, no quepan en él ni el enojo ni la ira.

DOROTEA. Padre, padre! eso hice y eso hago.

ESTEBAN. Pero tiene algo de horrible, de desgarrador, de impío. ver á la madre manchada y envilecida arrastrándose á las plantas de su hijo.

DOROTEA. Eso nunca.

ESTEBAN. Ella, el reo! Él, el juez!

DOROTEA. Eso es lo que no he querido que suceda.

ESTEBAN. Eso es lo que no es posible.

DOROTEA. No lo es; tienes razon. Una madre para su hijo debe ser la fé, la virtud, ejemplo vivo de algo perfecto.

ESTEBAN. Lo que es más no puede aparecer degradado ante lo que es ménos.

DOROTEA. Luego hice bien?

ESTEBAN. Bien hiciste.

DOROTEA. Y sin embargo, mira que renunciar á ver á Rafael! Ah! esto es mucho: esto es mucho. Y cuando está en mi mano evitarlo! Basta que yo le diga «ven» para que venga á mis brazos.

ESTEBAN. Dorotea!... Dorotea!... Y todo eso que decíamos ántes?

DOROTEA. Lo decíamos para consolarnos de lo que hicimos en un rapto de desesperacion. Pero todo eso es mentira!

ESTEBAN. Estás loca, hija mia!

DOROTEA. Bueno, padre, para tí será verdad; para mí no lo es. Yo te digo que conozco bien á mi hijo y que él me quiere como ántes: más aún. Que él buscaría buenas razones para absolverme, aunque yo no las tuviera, que sí las tengo. Que él me respeta, como me respetaba, si no es que me respeta más todavía; porque al respeto que impone el nombre de madre, se agrega el que inspira el martirio. En fin, que ántes de morir, yo quiero ver á mi hijo!

ESTEBAN. Es tarde, Dorotea.

DOROTEA. Es tarde! Quizá digas bien. Hice lo que hice... bueno: bueno, pero al ménos quisiera trabajar por su porvenir y por su felicidad. Fué Agustin á casa de Beatriz?

ESTEBAN. Sí fué.

DOROTEA. Á decirles á la madre y á la hija que viniesen?

ESTEBAN Ni más ni ménos que como habiamos convenido.

DOROTEA. ¿Y con qué pretexto?

ESTEBAN. Sin duda con el de que Rosa quiere verlas ántes de irse á América, y de que estando muy delicada de salud, no puede salir de casa. Qué sé yo? Cualquier cosa que habrá arreglado Agustin.

DOROTEA. Y vendrán?

ESTEBAN. No lo dudo. Rafael no está en Madrid, ni áun estando querría habitar la misma casa que Rosita. Ignoran que hemos llegado ayer. Y además, mi pobre Dorotea, contigo ya nadie cuenta más que tu padre. Conque ya ves que no hay motivo para que dejen de visitar á Rosa.

DOROTEA. Dios lo haga.

ESTEBAN. Dios lo haga; pero la verdad es que todavía no comprendo del todo tus proyectos.

DOROTEA. Beatriz es severa, inflexible, pero noble y generosa.

ESTEBAN. Y bien?

DOROTEA. Hablaré con ella.

ESTEBAN. Pero ¿qué vas á decirle, que ya no se le haya dicho?

DOROTEA. Qué? La verdad entera.

ESTEBAN. Eso no. Eso sí que no. Te lo prohibo, ¿entiendes? Te lo prohibo. Rafael tiene ese derecho, pero no lo tienes tú. Cuando él ha preferido callar...

DOROTEA. (Animándose.) Conque él prefirió callar? Prefirió morir! Y como yo no estaba á su lado; ¡y como presa de horrible enfermedad durante seis meses nada supe, y como todos me engañábais, hé ahí que mi pobre hijo realizó su proyecto y se fué á esa guerra de África, de la que Dios quiso sacarle con vida, y de la que yo sé que vuelve tan desesperado y tan infeliz como al irse. Ahí tienes; ahí tienes por qué prefirió callar.

ESTEBAN. No más que por eso?

DOROTEA. Y por otra cosa.

ESTEBAN. Por su honor.

DOROTEA. No: por el mio. Por mí: por mí sólo. Ah! mi Rafael es muy bueno. Te digo que yo no puedo marcharme de este mundo sin dejarle dichoso. Podré? podré? tendré tiempo? Esta idea es la única que me martiriza.

## ESCENA III.

DOROTEA, D. ESTÉBAN, AGUSTIN por el fondo.

DOROTEA. Ah! eres tú?... Di... estuviste?

AGUSTIN. Estuve.

DOROTEA. Cuándo?

AGUSTIN. Esta tarde.

DOROTEA. Y vendrán?

AGUSTIN. Esta misma noche: quizá dentro de breves momentos estarán aquí la madre y la hija. Pobre niña: pena da

verla. En fin, cómo ha de ser! Y tú, Dorotea, convence pronto á Beatriz, ó renuncia á tu proyecto y vete; porque importa que salgas de Madrid con Rosa y con tu padre.

DOROTEA. (Con ansiedad.) Por qué?

ESTEBAN. Donosa pregunta! Porque la situacion extraña en que te han colocado el desesperado arranque de un primer momento, y delirios y exageraciones, que en tí se explican, pero que se explican ménos en él, (Señalando á D. Estéban.) exigen un desenlace inmediato y rápido.

DOROTEA. Y por qué, vuelvo á preguntarte, es preciso que el desenlace sea inmediato? Rafael estará en África, ó cuando más en Málaga; nosotros estamos aquí...

AGUSTIN. Que vosotros estais aquí, ya lo veo; pero Rafael... Rafael... Dios sabe dónde estará á estas horas! Puede nunca preveerse dónde está un loco que anda suelto?

DOROTEA. (Levantándose penosamente y acercándose á Agustin.) Tú sabes algo.

AGUSTIN. Que yo sé!... que yo sé!... Lo único que yo sé, es que puede precipitar su venida.

DOROTEA. Tú crees?

AGUSTIN. Verdadera ó falsa la noticia del casamiento de Amparo con Carlitos ha circulado estos dias por todas partes. No faltarán amigos que le avisen á Rafael, y llegar allá la noticia y plantarse en Madrid, han de ser dos cosas que se parezcan mucho á una sola.

DOROTEA. Tú sabes algo que no quieres decirme!

ESTEBAN. Has estado en casa de Rafael? tienen aviso? le esperan?

AGUSTIN. La verdad es que no hay instante seguro.

DOROTEA. Habla!.. Qué importa!... Va á venir?... Acaso ha venido esta noche?

AGUSTIN. Dorotea: tú estás arrepentida: tú quieres ver á tu hijo.

ESTEBAN. No: no lo imagines.

DOROTEA. Ya ves lo que te dice mi padre.

AGUSTIN. Entónces esta misma noche hablas con Beatriz, y mañana...

DOROTEA. No: mañana no. No salgo de Madrid tan pronto. Estoy

mala, muy mala. Quereis matarme! Ah! no tienen compasion de mí. (Se deja caer penosamente en la butaca.)

ESTEBAN. Y si viene Rafael?

AGUSTIN. Y si ha venido?

DOROTEA. Ojalá! Ese último consuelo tendría.

## ESCENA IV.

DOROTEA, D. ESTÉBAN, AGUSTIN, un CRIADO, por el fondo, muy aprisa.

CRIADO. Señor!... Señor!... (Á Estéban.) El señorito! El señorito está ahí!

DOROTEA. Mi hijo! (Levantándose con un supremo arranque.)

ESTEBAN. Rafael!

AGUSTIN. Rafael! (Estos tres gritos casi simultáneos.)

CRIADO. (Á Estéban.) Preguntó por usted y hácia su cuarto de usted va!... (Asomándose á la segunda puerta de la derecha.) No: aún no viene... Voy á ver. (Sale por la derecha, segundo término.)

## ESCENA V.

DOROTEA, ESTÉBAN, AGUSTIN.

Dorotea vacilando se dirige al cuarto de Rosa. Éste y Agustin la sostienen y guían.

DOROTEA. Ah!... está ahí!... No lo habeis oido?

AGUSTIN. Ven á las habitaciones de Rosa: en ellas no entrará.

ESTEBAN. Tiene razon Agustin.

DOROTEA. Ya voy: ya voy. Pero no tan aprisa: no puedo. Tú, quédate. (Á su padre.) Él vendrá aquí y alguno ha de recibirle. Qué importa que te vea á tí? En no viéndome á mí!

ESTEBAN. Me quedaré: me quedaré; pero vamos.

DOROTEA. Sí, sí. Pero con una condicion. Me habeis de dejar verle y oirle detrás de esa cortina.

ESTEBAN. Dorotea!

DOROTEA. Si no, no me muevo. Mira que no me muevo de aquí.

ESTEBAN. Pues bien, le verás. Él viene .. pronto

## ESCENA VI.

D. ESTÉBAN, RAFAEL. Tras la cortina, DOROTEA y AGUSTIN. Rafael entra por la derecha, segundo término, y viene directamente al centro. D. Estéban queda inmóvil como defendiendo la entrada de la puerta por donde pasó Dorotea.

ESTEBAN. Rafael!

RAFAEL. (Volviéndose al oir la voz de D. Estéban.) Padre! Cómo?... No vienes á mí?... No me das los brazos?

ESTEBAN. (Acercándose á él y abrazándole.) Sí, hijo mio: sí. Fué... la sorpresa. Y vamos... á qué vienes... así... tan de improviso?

RAFAEL. Á que me digas dónde está mi madre. Á impedir la boda de Amparo. Á buscarlas á las dos. Á luchar con el destino. Á vencerlo. Á eso vengo: ya lo sabes.

ESTEBAN. Á mucho vienes.

RAFAEL. Pues todo ha de ser. Y por lo pronto ¿dónde está?

ESTEBAN. Quién?

RAFAEL. Quién? Ella! Ella!... mi madre!

ESTEBAN. Lo que hace seis meses te contesté, te contesto hoy.

RAFAEL. Entónces tenía yo un refugio supremo: la muerte. Y para ir á buscarla, quizá lo mejor era no ver á mi madre. Pero yo no comprendo la vida sin tener á mi lado á mi madre, sin decirle que la quiero como nunca, que la respeto como nunca, que la necesito más que nunca; sin llorar en sus brazos, sin besar sus piés, sin apretarla contra mi corazon. Conque claro es que no tienes derecho para negármela.

DOROTEA. Le estás oyendo? (Á Agustin tras la cortina.)

RAFAEL. Díme, pues, ¿dónde está? Tú lo sabes.

ESTEBAN. Yo lo sé: pero tú no lo sabrás: ella no quiere que lo sepas.

DOROTEA. Por qué dice eso? (Con enojo.)

RAFAEL. Ella quiere, y yo lo sé.

DOROTEA. Es verdad... es verdad...

ESTEBAN. Tú sabes dónde está tu madre?

RAFAEL. Está aquí: en esta casa.

ESTEBAN. Oh! Rafael...

RAFAEL. No disimules. Si me hubieseis esperado no estaría contigo; pero no me esperabais, luego contigo está! Y voy á entrar, y voy á buscarla.

ESTEBAN. Por dónde?

RAFAEL. Por todas partes.

ESTEBAN. Y si no la encuentras?

RAFAEL. La llamaré á gritos.

ESTEBAN. Y si no contesta?

RAFAEL. ¡No contestarme á mí, si la llamo? Ah! imposible.

DOROTEA. Déjame!... Déjame! (Á Agustin.)

ESTEBAN. Pues bien, prueba.

RAFAEL. Pues bien, probemos... Madre!... Madre!

DOROTEA. Rafael!... (Se presenta con los brazos tendidos, pero sin avanzar.)

RAFAEL. Madre mia! (Va á ella y se abrazan estrechamente. Dorotea oculta el rostro en el pecho de Rafael. Pausa.) Te convences, padre? Te convences?

ESTEBAN. Para venir á parar á esto, pudimos excusar seis meses de llantos y de penas, de luchas y de dolores.

AGUSTIN. No te enojes, Estéban. Así es la vida: se piensa, se calcula, se combina, y un arranque del corazon da al traste con los mejores planes y con los más prudentes propósitos.

RAFAEL. Por qué no me hablas? Por qué no me miras?

DOROTEA. No... no... así... como estoy... Si pudiera estar así siempre!

RAFAEL. Pobre madre mia! seis meses sin vernos!

DOROTEA. Has llorado mucho? (Levantando la cabeza.)

RAFAEL. No tanto como tú!

DOROTEA. No lo creas; he estado á la muerte: y ya ves... no tenía memoria, y no lloraba. Si no ¿cómo era posible que te hubiese dejado ir?

RAFAEL. Y si yo lo hubiese sabido ¿cómo era posible que no hi-

ciera entónces lo que hago hoy?

DOROTEA. Qué bueno has sido para mí?

RAFAEL. Yo? Pues qué he hecho yo? Qué he hecho sino causarte penas!

DOROTEA. Qué?... Mucho... mucho... lo que pocos harían. Por mí, sólo por mí, renunciabas á tu Amparo. Y esto no ha de ser.

RAFAEL. Madre!

DOROTEA. Oh, si en toda dulzura hay amargos dejos, Dios quiso poner tambien en ciertas amarguras, dulzores infinitos. Áun en los momentos de más horrible desesperacion algo sonreía en el fondo de mi alma, y yo me preguntaba entre sollozos: qué pedazo de cielo se ha caido en este mar de tristezas? Y era, que mi hijo no quería sacrificarme por Amparo: que prefería á su madre... á su madre deshonrada...

AMPARO. No más!

DOROTEA. Humillada!

RAFAEL. No digas eso!

DOROTEA. Manchada.

RAFAEL. Que no!... que no!... (Queriendo taparle la boca.)

DOROTEA. Qué importa, qué importa, si es mejor así? No ves que de este modo puse á prueba tu cariño?

RAFAEL. Pero ya no dudas de él?

DOROTEA. No: no por cierto. Y aquellos papeles?... Aquellos?... Ya sabes...

RAFAEL. Sí.

DOROTEA. Ah!... loco... cien veces loco... á buen seguro que los habrás... ¿eh?... ¡Los has roto, los has destruido, los has hecho añicos! Verdad? No lo niegues...

RAFAEL. Yo .. (Algo turbado.)

DOROTEA. Ah!... los conservas... es decir que los conservas...

RAFAEL. Para devolvértelos, madre mia.

DOROTEA. Mejor... mejor es así... Bien has hecho en guardarlos.

RAFAEL. Madre!... tú desfalleces!... tú vacilas! (Sosteniéndola.)

DOROTEA. No... Qué disparate!... Es que me siento fatigada.

## ESCENA VII.

DOROTEA, RAFAEL, D. ESTÉBAN, AGUSTIN, un CRIADO por el fondo.

CRIADO. Las señoras de Velarde...

RAFAEL. Amparo... (Por un arranque involuntario deja á su madre, que tiene que apoyarse en un mueble para no caer.)

DOROTEA. Me deja... me deja...

RAFAEL. Madre!... (Volviendo á ella y sosteniéndola otra vez.) Madre, perdóname.

DOROTEA. Perdonarte? Por qué? Si es natural. Á mí ya me tienes.

RAFAEL. Eso es. Ya te tengo, y no puedo perderte.

DOROTEA. Y no puedes perderme. Claro.

ESTEBAN. Ven, Dorotea: ven, hija mia. (Ap.) (Ya sabes: en tu cuarto has de hablar á Beatriz, y las dos solas.)

DOROTEA. Es verdad. Es verdad. Vamos.

AGUSTIN. Esas señoras, que pasen. (El Criado se retira. Entre D. Estéban y Rafael conducen á Dorotea á la segunda puerta de la derecha, Rafael ya está distraido y mira constantemente á la puerta del fondo.)

ESTEBAN. (Ap. á Dorotea.) (No puedes tenerte en pié: tu rostro está horriblemente pálido.)

DOROTEA. Que no te oiga Rafael. No es nada... no es nada... La emocion... la alegría... No temas; por más que digan, la alegría no mata. Adios... adios Rafael.

RAFAEL. Adios, madre mia: luégo iré á verte. Ahora... descansa. Adios...

DOROTEA. (Ap.) (Está distraido: no me atiende como ántes...) (Alto.) Adios...

RAFAEL. Adios, madre. (Salen Dorotea y D. Estéban por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VIII.

RAFAEL, AGUSTIN, AMPARO, BEATRIZ.

Las dos últimas por el fondo: Rafael á la derecha, Agustin á la izquierda.

AGUSTIN. Señoras...

BEATRIZ. (Avanzando.) Agustin... (Reparando en Rafael.) Rafael!

AMPARO. Rafael!

BEATRIZ. (Avanzando áun más, hasta quedar en primer término. Los demás personajes lo mismo. Dirigiéndose á Agustin.) Usted nos dijo esta tarde, que Rosa deseaba vernos ántes de dejar á Madrid, y á despedirla venimos: no más que á despedirla.

RAFAEL. Señora, cuando Agustin vió á ustedes ignoraba que yo iba á llegar, y no pudo preveer este encuentro.

AGUSTIN. Así es.

BEATRIZ. No dudo de usted (Á Agustin.); ni el encuentro, áun estando preparado, me ofendería, que la amistad en sí misma tiene excusa áun para sus exageraciones; ni mucho ménos me mortifica, pues de mí depende ponerle término.

RAFAEL. No estaba preparado, créame usted; no ha sido una amañada sorpresa, ni una torpe supercheria: quizá es algo providencial lo que aquí nos une, ó para siempre!... (Movimiento de Amparo.) ó por última vez en la vida.

BEATRIZ. Por última vez: así lo espero. Ruego á usted (Á Agustin.) que llame para que anuncien á Rosa que deseamos verla.

RAFAEL. Ah! señora: un momento: sólo un momento. Yo se lo suplico. Abandone usted ese tono glacial y ceremonioso: ódieme usted, pero no me desprecie: y sobre todo no me rechace usted sin oirme.

BEATRIZ. Oir á usted? Con qué objeto?

RAFAEL. Y usted me lo pregunta? Pronto olvida usted los dolores ajenos!

BEATRIZ. Los mios han sido tales y tantos, usted lo sabe, que sin pecar de egoista, con ellos he tenido bastante para agotar todas mis lágrimas, y absorber en su recuerdo toda mi memoria.

RAFAEL. Y los de Amparo ¿son ajenos para usted ó propios?

BEATRIZ. Rafael!

RAFAEL. Amparo... Amparo... habla para que oiga tu madre, que tu voz tiembla; levanta los ojos para que vea que hay

en ellos lágrimas; separa esa mano que te sostiene para que tu cuerpo vacile, como hermosa estátua del dolor estremecida sobre su pedestal. (La actitud de Amparo en esta escena, queda encomendada al talento de la actriz. Al hablarla Rafael debe estar en pié, inmóvil como si fuera de mármol, pálida, con la cabeza caida sobre el pecho y apoyándose en un mueble cualquiera. Maquinalmente obedece cuanto Rafael la dice.)

AMPARO. Rafael!...

BEATRIZ. (Conteniéndola.) Amparo!... (Volviéndose á Rafael y á Agustin.) Traerme aquí con engaños, falta era, que quise disculpar contando con el arrepentimiento. Obligarme á que le escuche á usted, empeño es á que la cortesía pone límites. Ofenderme, y ofender á mi hija con frases de una familiaridad... que es ya imposible... porque mi hija para usted ya nunca puede llamarse «¡Amparo!...» es obligarme á dejar esta casa.

AGUSTIN. No, Beatriz; no. Venga usted á la habitacion de Rosa, que aguardándola está.

RAFAEL. (Sin poder contenerse.) Que yo no diga, «Amparo?» Que ya no puedo decir, «Amparo?» Que ese grito, que tantas veces brotó de mi corazon en prueba de ternura y de cariño, hoy enoja y ofende? Pues ¡cómo se llama, señora? ¿Cuál es su nuevo nombre?... Amparo, qué nombre debo darte para ser cortés y respetuoso contigo?... Dilo! dilo! dígalo usted, señora! Yo obedeceré... obedeceré... ¡Para mí siempre será Amparo! pero... no importa... no importa... cumpliré lo que usted ordene. Ah! Dios mio! que hasta me prohiben pronunciar su nombre!

BEATRIZ. Ni hay motivo para tanta exaltacion; ni es dificil que buscando en su memoria halle usted ese nombre que busca. Todo el mundo lo sabe.

RAFAEL. Cuál es?

BEATRIZ. La mujer casada ha de llevar el nombre de su marido. (Dirigiéndose á la derecha y volviendo naturalmente la espalda á Rafael y á Amparo al pasar por delante de ambos.)

RAFAEL. (En voz baja á Amparo cogiéndole una mano.) (Tú?)

AMPARO. (Nunca!)
AGUSTIN. Pasen ustedes, señoras.
RAFAEL. (Volverás?)
AMPARO. (Volveré.) (Salen por la derecha, primer término, Amparo, Beatriz y Agustin.)

## ESCENA IX.

RAFAEL.

Si el infierno entero se empeñase, Amparo no sería de ese hombre. Pero cómo impedirlo? Cómo vencer la tenacidad de su madre? Carácter de hierro, voluntad inflexible, memoria en que se han petrificado aquellas memorias malditas. Y Amparo me ama: sí, me ama ¡Cómo lloraba; cómo me miró; cómo dijo aquel «nunca!» Y sin embargo, su madre puede trocar ese cariño, si no en odio, porque Amparo nunca me odiaría, al ménos en horror, con una sola frase: «es el hijo del que asesinó á tu padre.» Y no lo soy, y tengo aquí las pruebas, y puedo mostrarlas... y no puedo mostrarlas! Esto es lo horrible, esto es lo cruel, esto es lo que mata y enloquece! Si quiero, puedo; y no puedo querer sin ser un infame! No habrá modo de ser infame sin serlo? Sí, ha de haber algun medio! Discurre, pensamiento perezoso: pensamiento imbécil, discurre! Yo deseo el mal? No. Yo deseo el bien. Pues el bien siempre debe haber modo de realizarlo. Vamos, vamos, pensamiento, algo: yo necesito algo: cavila, busca, consulta, reconcéntrate en tí mismo, consúmete, pero dame una idea; si existe, encuéntrala, y si no, ya que tan orgulloso eres, arráncala de la nada ó yo te arrancaré de mi cerebro por inútil y no pediré consejo más que á mi corazon! (Pausa.) Mi corazon! Pero quién vencerá en él! Amparo! aquella frente tan pálida y tan pura! Aquellos ojos tan negros y tan hermosos, que me miraban con tanta tristeza, como diciendo ¡cuánto nos has hecho llorar! Aquellos lábios contraidos por el dolor, que en su misma amarga contraccion buscaban

una sonrisa para mí! No: Amparo ántes que todo: todo por ella!... hasta mi ma... ¡Mi madre! Madre mia! madre mia! (*Cae llorando en una butaca*) Tambien tú me amas: más que yo á tí! Tambien tu frente está pálida: y qué siniestra es tu palidez! Yo humillarte, yo venderte! Yo pagar mi dicha con tu deshonra! Imposible! La mano que se manchase entregando estos papeles, no podría tocar la mano de Amparo sin mancharla tambien. Mis hijos serían el precio de la deshonra de mi madre! y precio de deshonra es precio maldito! ¡Memorias mias, recuerdos de mi niñez, espantad como ángeles de flamígeras espadas esta turba de negras tentaciones que me asaltan! (*Pausa.*) Sí: mi madre, yo la veo; y yo me veo tambien. ¡Ella, mi madre, inclinada sobre mi cuna cubriendo de besos mi rostro; y yo, afanado sobre su ataud enlodazando su faz! No: no ha de ser. No: mi madre no. Todo ménos ella. Es inútil! Amparo, es inútil que te presentes á mí! No quiero verte!... (*Ocultando el rostro.*) Déjame, que no cedo ni á tu amor, ni á mi delirio, ni á tu hermosura!

## ESCENA X.

RAFAEL, AMPARO *por la derecha, primer término.*

AMPARO. Rafael!

RAFAEL. Amparo! (*Queriendo acercarse, y á la vez retrocediendo.*)

AMPARO. Creo que mi madre fué á hablar con la tuya.

RAFAEL. Con la mia?

AMPARO. Sí; fué con Agustin. Á poco, yo le dije á Rosa que iba á buscarla... á buscar á mi madre ¿comprendes? y vine aquí, porque... quería verte... porque quería hablarte... para que no me abandones, para que me salves, para que me digas lo que mi madre no quiere decirme. Ella asegura que no puedo amarte...

RAFAEL. Mira, Amparo, sin violar ni leyes humanas, ni leyes divinas, puedes amarme como me amas: más aún.

AMPARO. No: no lo creas: más no es posible.

RAFAEL. Amparo!

AMPARO. Pero tú, sí. Tú sí que puedes amarme aún más.

RAFAEL. Cómo?

AMPARO. Y me lo pregunta, Dios mio! Venciendo esos respetos, ó esos escrúpulos que te detienen y entregando á mi madre aquellos papeles que te dió la tuya.

RAFAEL. Calla, Amparo! No digas eso!

AMPARO. De manera, que entre nuestro amor y algo que no es nuestro amor ¿tú prefieres perderme?

RAFAEL. No es eso tampoco.

AMPARO. Y que yo sea de otro hombre toda la vida?

RAFAEL. Eso nunca! nunca! No ha de ser.

AMPARO. No ha de ser? Si es la verdad! Si lo estoy viendo!

RAFAEL. Tú! de otro hombre!

AMPARO. Sí: mi madre me obligará! Yo no podré resistir. Seré de Cárlos. Tú verás cómo soy de Cárlos.

RAFAEL. Dijiste ántes que nunca!

AMPARO. Y lo repito: nunca. Pero es creyendo en tu amor.

RAFAEL. Y no crees?

AMPARO. Aunque yo quiera creer, aunque el no creer me mate, ¿cómo he de resistir á la evidencia? Júrame que de tí no depende vencer ese obstáculo maldito, y yo resistiré. Por mi salvacion, por la tuya, te juro que resistiré hasta morir. Pero responde... responde...

RAFAEL. No puedo.

AMPARO. Ah! pues entónces no digas que me amas! Tu amor no es amor! Cumplirás tal vez altos deberes; quedarás en paz con tu conciencia; serás bueno, y noble, y virtuoso... y hasta santo; pero tú no sabes amar!... No sabes amar, Rafael! (Amparo se aleja de Rafael, y queda aquel á la izquierda, ésta á la derecha.)

RAFAEL. (Ap.) (Es verdad!... Y sin embargo... Estos papeles... (Sacando la carta.) Sí... con ellos podría probar á Amparo que yo tambien la amo como ella quiere ser amada!)

AMPARO. (Observándole.) (Ah!... las cartas... vacila... Poco puedes, corazon, si no haces que me las dé.)

## ESCENA XI.

AMPARO, RAFAEL, AGUSTIN por la derecha, segundo término, agitado, descompuesto, profundamente conmovido.

AGUSTIN. Estéban!... Estéban!... (Acercándose á Rafael.) Dónde está tu padre?... Dónde está?

RAFAEL. (Distraido.) No lo sé.

AGUSTIN. Es preciso que yo le vea!... Dónde está? Usted lo sabe?

AMPARO. No. No le he visto.

## ESCENA XII.

AMPARO, RAFAEL, AGUSTIN, D. ESTÉBAN por la derecha, primer término.

Los personajes quedan divididos en dos grupos. Amparo y Rafael á la izquierda, Agustin y D. Estéban á la derecha.

AGUSTIN. Estéban!... Ah!... por fin... por fin te hallo! Ven conmigo... Dorotea... Dorotea!... Si supieses!

ESTEBAN. Mi hija?... Qué?

AGUSTIN. (Calla!... que no nos oiga... (Señalando á Rafael.) Tras una larga y desgarradora escena con Beatriz... falta de fuerzas... vencida por la desesperacion... No me comprendes?... Estéban... ten valor!...)

ESTEBAN. Qué?... Esa agitacion?... esa angustia?...

AGUSTIN. Estéban... yo creo... yo creo que se muere! (En voz muy baja, casi al oido.)

ESTEBAN. Mi hija!... (Precipitándose á la puerta por donde salió Dorotea.

RAFAEL. (Volviéndose.) Padre!... me llamabas?... qué decias?

AGUSTIN. Nada... nada... vamos allá... (Desde la puerta.)

RAFAEL. Mi madre?

AGUSTIN. Está... con Beatriz... y entre todos... Espera... espera, pronto volveremos. (Salen por la derecha, segundo término.)

## ESCENA XIII.

RAFAEL, AMPARO.

AMPARO. Entre todos!... No, Rafael. No hay más que uno que pueda vencerla; y eres tú. De tí depende que yo no sea de Cárlos.

RAFAEL. Amparo!

AMPARO. Que yo no vista para él aquel traje de boda, que era para las nuestras.

RAFAEL. No más!

AMPARO. Te gustaba tanto!

RAFAEL. Basta!

AMPARO. Anoche no podía dormir. Tuve un capricho: sin que nadie me sintiera me levanté y quise probármelo; y no sé si era la fiebre que me encendía las mejillas, pero me miré al espejo... y ya sé que no... sin embargo, á tí te hubiera parecido que estaba muy hermosa. Ah! si él me viese, pensé!

RAFAEL. Amparo!...

AMPARO. No, ahora no puede vencerte mi hermosura, cuando no te vence mi cariño. Ahora estaré pálida: el cerco de los ojos amoratado! Es porque he llorado tanto!

RAFAEL. Dios mio, las fuerzas humanas tienen un límite.

AMPARO. Y sin embargo, fiebre tengo tambien... mis manos abrasan... dame las tuyas... (Rafael le coge las manos, y las cartas quedan en las de ambos.)

RAFAEL. Sí: abrasan!

## ESCENA XIV.

AMPARO, RAFAEL, BEATRIZ por la derecha, segundo término.

AMPARO. Mi madre!... Dame esas cartas! Rafael!...

BEATRIZ. (Profundamente conmovida.) Pobre mujer!... No quiero presenciar su agonía!... no quiero oir su último grito! Amparo!

AMPARO. Madre!... madre!... al fin cede!...
BEATRIZ. Él?... Ahora?
AMPARO. Sí.
BEATRIZ. Rafael, mira lo que haces! Este momento es decisivo para todos. Piénsalo bien. Pide consejo á tu conciencia. (Apartando la vista.)
AMPARO. (En voz baja.) (Y á mi amor!... Déjame esas cartas... déjamelas... Qué te cuesta? Mírame... Yo te lo suplico... Quieres que te lo suplique de rodillas?...)
RAFAEL. Quieres que de rodillas te las niegue?
DOROTEA. Hijo mio! (Desde dentro.)
RAFAEL. (Retrocediendo y dejando las cartas en las manos de Amparo.) Mi madre! Ese grito!... Ese grito es grito de agonía!... (Amparo apretando las cartas contra su pecho, se aproxima á Beatriz.)

## ESCENA XV.

AMPARO, BEATRIZ, RAFAEL, D. ESTÉBAN.

Este último entra vacilante, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando. Va á caer en una butaca.

ESTEBAN. Dorotea!... hija mia!... mi pobre hija!... hija de mi alma!
RAFAEL. Mi madre!... Tú lloras!... (Se precipita hácia su padre.) Mírame!... (Estéban levanta la cabeza: le mira un instante: despues le abraza.) Mi madre!... Se muere!... Madre... madre!... (Se arranca de los brazos de su padre y se precipita á la puerta de la derecha, segundo término.) Madre mia!

## ESCENA XVI.

AMPARO. BEATRIZ, D. ESTÉBAN, éste siempre en la butaca.

AMPARO. Ella?
BEATRIZ. Sí... No lo has oido? .. Ha muerto.
AMPARO. Dorotea!... Dios mio!... Dios mio! (Acongojándose.)

BEATRIZ. Calla, niña: no turbes su dolor. (Señalando á D. Estéban.)

AMPARO. Pobre madre mia! .. Tan buena!... Me quería tanto! (Cruza las manos y repara en los papeles.) Y estos papeles?

BEATRIZ. No los mires. No quiso dártelos. Por sorpresa los dejó en tus manos. Aparta de ellos los ojos.

## ESCENA ÚLTIMA.

AMPARO, BEATRIZ, RAFAEL, D. ESTÉBAN, AGUSTIN.

RAFAEL. (La salida de Rafael queda encomendada al actor.) Ella!... ella!... No es verdad!... No es verdad!... Déjame... Déjáme... (Á Agustin que lo trae casi á la fuerza.)

AGUSTIN. Rafael... Hijo mio...

RAFAEL. Yo no puedo creerlo!... Me engañais!... Quiero volver!... Digo que quiero volver!... Su cuerpo estaba tíbio!... Sus ojos me miraban!... Había lágrimas en ellos! los muertos no lloran!... Verdad que no lloran? Madre mia!... Madre de mi alma! (Viene á caer en la butaca próxima á la chimenea. Agustin se acerca á D. Estéban. Beatriz y Amparo se acercan al mismo tiempo á Rafael.)

BEATRIZ. Resignacion, Rafael.

RAFAEL. No la tengo!... ni puedo tenerla!... ni hay quien la tenga!

AMPARO. Llora, Rafael!... pero no te desesperes así. Todos lloraremos contigo! Verdad, madre?

RAFAEL. Amparo!... (Le estrecha una mano y ella le da los papeles.)

AMPARO. Toma... toma...

RAFAEL. Qué es esto?...

AMPARO. Los dejaste olvidados en mi mano.

RAFAEL. (Levantándose con ímpetu.) Ah!... Sí!... Dame!... Dame!.. Los has leido?...

BEATRIZ. No.

AMPARO. No: te lo juro. Más tarde...

RAFAEL. Más tarde!... Nunca!! (Se precipita á la chimenea y los arroja en ella. Prende la llama y las cartas se consumen.)

AMPARO. Rafael! qué has hecho!... Ah, Dios mio!... Qué egoista

es el dolor! (Se separa llorando.)

RAFAEL. Haces bien... me dejas... Ya no tengo á nadie que llore conmigo... Solo... bueno... Solo... Ni tú... ni ella... En un mismo dia os he perdido á las dos!... Ya no podré decir, Amparo... ya no podré decir, madre mia!...

BEATRIZ. (Acercándose á él y hablándole con cariño.) Rafael, mezquino consuelo es, pero en fin ¿quieres darme ese nombre?

RAFAEL. Qué dice?... Yo!... Á usted?

AMPARO. Madre!

BEATRIZ. (Al oido de Rafael.) (Lo sé todo.)

RAFAEL. Todo!

BEATRIZ. (Dorotea en su agonía me reveló vuestro secreto.)

RAFAEL. Ella!

BEATRIZ. (Silencio: que no nos oigan.) (En voz alta.) Amparo, acércate: si hoy no lloras con él la muerte de vuestra madre ¿cuándo vais á llorar juntos?

AMPARO. Rafael! (Cae llorando á los piés de Rafael, que la sostiene en sus brazos.)

BEATRIZ. (En voz baja á Rafael.) (Si hubieses sido tan infame que deshonrases á tu madre, yo te lo juro, y tú me conoces, Amparo no hubiera sido tuya. Pero las buenas acciones, hijo mio, hallan su recompensa ALGUNAS VECES AQUÍ.)

RAFAEL. Nosotros... Pero y ella?... Y mi madre?... Bien dice usted: ALGUNAS VECES AQUÍ, PERO SIEMPRE, SIEMPRE ALLÁ. (Quedan en dos grupos: á la izquierda, Rafael, Beatriz y Amparo. Á la derecha, D. Estéban y Agustin.)

FIN DEL DRAMA.